

Las señales de un metodista

Presentación	
Para un mejor aprovechamiento de este material.....	
Reconocimientos	

1. Juan Wesley: su vida y testimonio I.....	
2. Juan Wesley: su vida y testimonio II.....	
3. La Biblia	
4. El Dios en quien creemos	
5. La creación y nosotros.....	
6. El pecado.....	
7. Jesús, el Mesías y el Cristo: su persona.....	
8. Jesús, el Mesías y el Cristo: su obra.....	
9. La salvación	
10. El Espíritu Santo.....	
11. La vida cristiana I	
12. La vida cristiana II.....	
13. Los medios de gracia	
14. Los sacramentos: El Bautismo	
15. Los sacramentos: La Cena del Señor.....	
16. La mayordomía: administradores del mundo de Dios.....	
17. La mayordomía: administradores de la Iglesia	
18. La Iglesia misionera.....	
19. La Conexionalidad I: en los comienzos del metodismo.....	
20., La Conexionalidad II: en el metodismo latinoamericano.....	

Apéndices

I. Los artículos de fe de la Iglesia Metodista	
II. Los principios sociales de la Iglesia Metodista	
III. Las Iglesias de tradición wesleyana	

Presentación

Es con profunda gratitud a Dios y con reconocimiento a los dones que Dios ha dado a tantas personas, que ponemos en vuestras manos una nueva versión renovada en su totalidad de *Señales de un Metodista*.

Señales de un Metodista ha sido reeditada como una herramienta de trabajo de la comunidad local para la formación de la membrecía. Una herramienta que nos ayude a reconocer nuestra pertenencia al pueblo cristiano y a definir nuestra identidad como pueblo que bebe de las fuentes de la tradición wesleyana.

Ninguna identidad se define desde el vacío o en soledad. Se construye junto a otras personas y se modela en medio de la vida cotidiana, de los desafíos que la sociedad presenta a la fe en cada época. Es en esa interacción que reconocemos nuestras carencias y otros nos ayudan a reconocer nuestros valores y riquezas.

Las *Señales* nos guían y orientan en el camino:

- De ser pueblo fiel y obediente a Jesucristo.
- De dar a conocer el amor redentor de Dios.
- De dar testimonio del poder transformador del Espíritu.

Deseamos que esta obra que presentamos nos ayude y acompañe. Recordamos que su Palabra escrita y hecha presencia humana en Jesús es la “lámpara a nuestros pies y la lumbrera en nuestros caminos”.

Es nuestro deseo que este libro contribuya a que cada una de nuestras vidas y comunidades sean a la vez *señales* de amor, fe y esperanza en todo tiempo y lugar.

En amor fraterno

Pastora Nelly Ritchie
Obispo

Julio 2009

Reconocimientos

Diversas personas han contribuido para la realización de este libro y deseamos mencionarlos y agradecerles su colaboración. Algunas permanecerán anónimas pues en ciertos casos se han adaptado textos de cuyos autores no tenemos información pero que han sido utilizados durante años por la Iglesia.

La primera edición de *Señales de un metodista* fue elaborada por Fletcher Anderson, Julio Sabanes y Vicente Triputti y publicada en 1980. Para esta nueva edición –que está totalmente reelaborada– los capítulos 1, 2 y 11 a 17 han sido escritos o reelaborados sobre textos anteriores por Daniel Bruno, quien además tuvo a su cargo la edición de los apéndices y sus introducciones. Lo mismo debemos decir de los capítulos 3 a 10 y 18 que fueron trabajados por Pablo R. Andiñach. La redacción y revisión general estuvo a cargo de Pablo R. Andiñach y Daniel Bruno.

Para la presente edición, se adaptaron o reescribieron los siguientes materiales:

Para los capítulos 1 a 10: *Señales de un Metodista* (Buenos Aires: Methopress, 1980).

Para los capítulos 11, 12 y 16: fragmentos de Theodore Jennings, *Santificación y transformación social. Desafíos para el pensamiento wesleyano del siglo XXI* (Buenos Aires: Centro Metodista de Estudios Wesleyanos, 2008).

Para el capítulo 13: Charles Irigoyen, *John Wesley: La santidad de corazón y vida* (New York, Iglesia Metodista Unida, División de Mujeres, 1996) p. 31-44.

Para los capítulos 14 y 15: *Manual para probandos* (Buenos Aires, Ediciones El Camino, 1962) p. 82-115.

Para el capítulo 17: Carlos T. Gattinoni, *La Bienaventuranza de dar* (Buenos Aires, Methopress, sin fecha).

Para el capítulo 18: Pablo R. Andiñach, *Ser Iglesia* (Buenos Aires, Lumen, 2006).

Segunda edición - Marzo 2020

Dando infinitas gracias a Dios por el servicio que hasta el momento ha prestado la primera edición de “Señales”, ponemos a disposición esta segunda edición. La misma contiene dos capítulos más que la primera, estos son los números 19 y 20 sobre conexionalidad.

Es nuestra oración que esta nueva edición siga siendo de bendición para todos/as quienes deseen formarse para ser miembros comprometidos/as de la iglesia de Cristo.

Pastor Daniel A. Bruno
Coordinador del CMEW

Para un mejor aprovechamiento de este material

Señales de un metodista está concebido como un manual que ofrece los contenidos básicos para la formación de los miembros de la iglesia. Esto no impide –más bien debería entusiasmar- a que sea utilizado por toda la congregación a fin de repasar y actualizar los contenidos de nuestra fe.

Está compuesto de capítulos temáticos cortos y de lectura sencilla. De allí que la forma más simple de utilizar este libro es seguir la secuencia de los 18 capítulos a lo largo de un año. De esa manera se cubre la totalidad de los temas presentados. Otra opción es que el guía seleccione los capítulos que le parezcan más adecuados al grupo que coordina o a una fecha en particular: en ocasión de un bautismo o de un énfasis en la mayordomía sería oportuno dedicarse a esos temas; en el mes de mayo cuando evocamos la experiencia de Juan Wesley leer los capítulos sobre su vida. Y así con otros.

Es importante considerar la dinámica a utilizar. Para un grupo acostumbrado a la lectura lo mejor es que cada participante lea en su casa el capítulo a tratar. En otros casos puede ser necesario que el guía lea y prepare el contenido del capítulo y lo presente en pocos minutos. Luego debe darse espacio para el intercambio de ideas sobre el tema. Un excelente aporte puede recibirse cuando los participantes cuentan sus experiencias y comentan cómo tal o cual aspecto del capítulo los ayudó a ver más claro su relación con el Señor, con el prójimo o con la Iglesia.

Al final de cada capítulo se encuentran preguntas que ayudan a repasar los temas tratados. Una posibilidad es dar unos minutos para que en grupos pequeños las contesten y luego se presenten en el plenario. Allí será el momento para conversar sobre distintas perspectivas o responder preguntas que hayan surgido de la conversación.

Finalmente deseamos decir que hay temas que no están tratados aquí y que en un siguiente paso sería bueno considerarlos. Nos referimos a la relación con otras iglesias (ecumenismo), a la estructura de nuestra propia iglesia (nacional y congregacional), a cuestiones relacionadas con la familia (matrimonio, divorcio) y otros que surgirán de la misma práctica misionera. Instamos a quienes finalicen este libro a no pensar que con él han finalizado un camino; en realidad recién están –estamos todos- en el comienzo de un largo recorrido de continuo crecimiento en la fe y el testimonio.

1. Juan Wesley: su vida y testimonio I

El comienzo

Al comenzar el siglo **xviii**, la situación social y religiosa de Inglaterra era deprimente. La alta sociedad estaba en general corrompida y la piedad popular era en buena medida supersticiosa. El campesinado se encontraba en un estado de semi barbarie y los mineros llevaban una vida miserable. En el otro extremo de la sociedad, el pensamiento culto atacaba los postulados de la fe con argumentos filosóficos.

Juan Wesley, un estudiante de la Universidad de Oxford, hijo de un pastor anglicano, buscó profundizar su vida espiritual y para ello se dedicó a disciplinar su vida devocional destinando a ella dos horas diarias. En Oxford recibió su título universitario de Maestro de Artes y la Iglesia Anglicana lo ordenó diácono de en 1726. Regresó a Epworth, Regresó a Epworth, donde había nacido en 1703, y allí colaboró con su padre en la labor pastoral. En 1728 regresó a Oxford a pedido del rector del Colegio Lincoln y fue ordenado presbítero.

Para ese entonces Carlos Wesley, hermano menor de Juan, se había unido a unos amigos para cultivar hábitos de piedad y disciplina diaria. Juan se incorporó al grupo pues coincidía con los propósitos. Eran solo cinco personas que formaron una asociación para el fomento de la piedad y el saber. Se reunían diariamente para conversar sobre sus ocupaciones y sus estudios, mientras que a su alrededor reinaba la incredulidad y la degradación de las costumbres. Los llamaban “el Club de los Santos” o “los metodistas”, en tono de burla. El carácter organizador convirtió rápidamente a Juan Wesley en el conductor del grupo.

Dedicaban gran parte de su tiempo a la práctica de las buenas obras: visitaban familias pobres, organizaban cultos en las cárceles, promovían escuelas primarias y ayudaban a los necesitados con cuanto podían ahorrar de sus escasos fondos.

En pocos años el movimiento se consolidó y sus integrantes intentaron influir en el ámbito de la Iglesia Anglicana; este objetivo los llevó a viajar por Inglaterra para predicar en sus púlpitos. Hacia el año 1733 Wesley publicó dos sermones sobre las doctrinas de la perfección cristiana y la obra del Espíritu Santo que insinuaban ya los énfasis del movimiento. Al año siguiente, viajó más de 1.700 km predicando todos los domingos, lo cual era un prelude de la vida que habría de practicar más tarde. Jorge Whitefield, otro integrante del “Club de los Santos” o “metodistas” era un excelente predicador y tenía gran poder de convicción. Estos dos expositores de la Palabra de Dios comenzaron a llamar la atención de no pocos clérigos y obispos de su iglesia.

Viaje a las colonias en América

Invitado por el gobernador de Georgia, la nueva colonia inglesa en América del Norte, Juan Wesley viajó a este continente para evangelizar a las comunidades aborígenes y a los esclavos negros. En su diario encontramos esta cita:

“Anímame sobre todo a dar este paso la esperanza de salvar mi alma. Espero aprender el verdadero significado del Evangelio de Cristo predicándolo a los paganos [...] Desde mi juventud he sido un gran pecador, y mi corazón está todavía lleno de malos deseos, pero tengo la seguridad de que, si llego a convertirme de veras, Dios se servirá de mí para fortalecer a mis hermanos y predicar el Evangelio a los gentiles”.

Como lo indica la cita, Wesley no tenía resuelto su problema espiritual, aún siendo ya un ministro ordenado de la iglesia.

Wesley no pudo realizar el trabajo con los indígenas, pues no le permitieron alejarse de la zona de seguridad y la empresa propuesta –de poco menos de dos años de duración– resultó en un aparente fracaso. Pero en Georgia, y durante el largo viaje en barco, trabó amistad con un grupo evangélico llamado “los hermanos moravos”. Estos eran pietistas luteranos, de una piedad profunda, siempre abnegados, dispuestos a rendir a los demás los servicios más humildes y dispuestos a sufrir con paciencia toda clase de injurias. Durante una tempestad solo los moravos permanecieron serenos en el barco. Wesley recibió el impacto de este cristianismo bíblico, sencillo, bondadoso y de gran convicción y fe profunda en la presencia poderosa de Dios. Wesley volvió de América agobiado y abatido por haber visto frustrado su propósito evangelizador.

Regreso a Londres y su experiencia de conversión

De vuelta en Londres, trabó amistad con los dirigentes del movimiento moravo y posteriormente fue a Bohemia donde se había iniciado el movimiento, entrevistándose allí con uno de sus líderes europeos de nombre Zinzendorf. De esa experiencia, Wesley diría después: “He encontrado lo que buscaba, pruebas vivas del poder de la fe, individuos liberados del pecado interior y exterior por el amor de Dios derramado en sus corazones, y libres de dudas y temores por el testimonio interior del Espíritu Santo”. Wesley quedó impactado por el plan eclesiástico de Zinzendorf –iniciado por Spener el siglo anterior– y que consistía en trabajar por la reforma de las iglesias nacionales organizando en su seno “pequeñas iglesias” de profunda piedad y práctica cristiana, como el único medio de mantener en ellas la vida espiritual. Más tarde emplearía esta técnica en la organización del movimiento metodista.

Juan Wesley describió en su diario el momento preciso de su conversión. Dice así:

“La noche del 24 de mayo de 1738 fui, casi a pesar mío, a una pequeña reunión en la calle Aldersgate (un local de los moravos en Londres), donde oí la lectura del

prólogo de Lutero a la epístola de San Pablo a los romanos. Como a las nueve menos cuarto, mientras escuchaba la descripción que hace del cambio que Dios obra en 1:1, corazón por la fe en Cristo, sentí arder mi corazón de una manera extraña. Sentí que confiaba en Cristo, y en Cristo solamente, para mi salvación; recibí la seguridad de que Dios había borrado mis pecados y que me salvaba a mí de la ley del pecado y de la muerte. Púseme entonces a orar con todas mis fuerzas por aquellos que más me habían perseguido y ultrajado. Después di testimonio público ante todos los asistentes de lo que sentía por primera vez en mi corazón.”

Con esta experiencia vivificante del poder de Dios en el ser humano, los hermanos Juan y Carlos Wesley y Jorge Whitefield comenzaron un movimiento que iba a sacudir a toda Inglaterra y desde allí se iba a proyectar hacia otras partes.

Whitefield comenzó a predicar al aire libre a las multitudes. Juan intentó primero usar los púlpitos de la Iglesia, pero uno a uno se le fueron cerrando. Luego, siguió los pasos de su amigo, y millares de personas pudieron escuchar esta prédica que buscaba provocar en los oyentes una experiencia espiritual que los llevara a cambiar radicalmente su vida; por eso, en sus sermones comenzó a utilizar un lenguaje popular eliminando de ellos las palabras artificiales y afectadas.

La influencia de los moravos, su profunda experiencia espiritual y el contacto con el pueblo en su propio medio, le hicieron comprender que debía canalizar la respuesta a la gente ayudándola a organizarse debidamente. En Bristol y en Londres formó pequeñas *sociedades* con el propósito de reunirse y cultivar juntos la nueva vida en Cristo.

La primera escuela

Para atender necesidades concretas Wesley construyó una escuela para los mineros de Kingswood y puso allí un maestro. Viajó por todo el país y para 1739 había predicado quinientas veces, de las cuales solamente unas diez fueron en los templos. Si bien había gente que provocaba escándalos, hasta llegar a las agresiones, también había mucha gente del pueblo que jamás había concurrido a una iglesia y que recibía y aceptaba el mensaje de salvación en Cristo. Wesley describió el resultado de las conversiones de esta manera: “... yo os mostraré el que antes era un ebrio y ahora es sobrio”.

El alto clero de la Iglesia Anglicana estaba alarmado ante este movimiento y los líderes metodistas fueron amenazados con las penas de los cánones eclesiásticos y la excomunión. Juan respondió que lo único que hacía era cumplir con las órdenes recibidas como ministro de la iglesia universal y por lo tanto nadie podía prohibirle predicar el Evangelio. Leemos en sus escritos:

“Dios, en la Sagrada Escritura, me ordena según mis aptitudes instruya al ignorante, reforme al malvado y confirme al virtuoso. Los hombres me prohíben hacer esto en parroquia ajena, es decir, en otros términos, que no lo haga en ninguna parte, pues bien se ve que ahora no tengo parroquia y tal vez jamás la tenga. ¿A quién oíré entonces, a Dios o a los hombres? Juzgad vosotros si se debe obedecer a los

hombres antes que a Dios. Considero todo el mundo como mi parroquia; quiero decir que, en cualquier parte en que esté, juzgo conveniente y justo e imprescindible deber exponer a todos los que quieran oír, las buenas nuevas de la salvación.”

Preguntas para el estudio

¿Cómo era la situación social y religiosa en el tiempo de Juan Wesley?

¿Qué clases de personas eran Juan y Carlos Wesley?

¿Cómo fue conversión?

¿Cuáles fueron los primeros frutos de su conversión?

2. Juan Wesley: su vida y testimonio II

La organización del movimiento

Para organizar debidamente el movimiento Juan Wesley estableció el sistema de predicación itinerante por medio de los ministros ordenados. En las sociedades los creyentes se dedicaban a cultivar la vida de oración, el estudio de la Palabra, la vida de santidad y la evangelización. La predicación al aire libre continuaba en forma incansable y a veces hasta cinco en un solo día. Una tarea importante era la obra de cuidado pastoral visitando a los convertidos, a los enfermos, a los presos. Al poco tiempo las sociedades crecieron en tamaño y en número.

Un nuevo método promovió el crecimiento espiritual y comprometido de los creyentes: nombraban a un responsable de un grupo de doce personas, llamadas *las clases*, para realizar un trabajo pastoral laico de consolidación y proyección, y cada grupo se reunía semanalmente para fomentar la expresión práctica de la fe en la vida cotidiana.

Desde sus inicios, el metodismo consideró la misión cristiana en un sentido integral. Predicaba la salvación en Cristo, se ocupaba de levantar capillas, escuelas, se preocupaba de alimentar a los pobres, visitar a los presos, sanar a los enfermos, pero también analizar la realidad y alzar la voz contra las injusticias.

La obra había avanzado rápidamente y Wesley no lograba obtener de la Iglesia Anglicana la cantidad de ministros ordenados para atenderla; por eso, debió recurrir a la predicación de los laicos, aun contra su voluntad. Sin embargo, fue un viraje providencial que mucho hizo por el desarrollo del movimiento.

Hacia 1741 en Londres había unos mil miembros reclutados casi exclusivamente de los sectores bajos del pueblo. La valentía de los predicadores metodistas guiados por el ejemplo de Juan y Carlos Wesley no conocía límites. Wesley tenía un sentido profundamente pastoral de su ministerio. En todas partes él era el misionero que iba de un lugar a otro, pero en Londres y Bristol era el pastor. Decía: “Yo no puedo comprender cómo puede un ministro esperar rendir cuentas gozosas de su labor sin conocer personalmente a todo su rebaño sin descuidar ni a los sirvientes”.

Las Conferencias Anuales

Juan Wesley comenzó a reunir anualmente a sus predicadores por varios días en un lugar determinado. Estas reuniones fueron las llamadas Conferencias Anuales. En ellas discutían los mejores medios para continuar el avivamiento que intentaba renovar la vida

de la Iglesia Anglicana de la cual seguían siendo miembros y ministros. ¿Qué enseñar? ¿Cómo enseñar? ¿Cómo reglamentar la doctrina, la disciplina y al práctica? Las respuestas a estas preguntas siempre pusieron el énfasis en un cristianismo práctico y comprometido.

Las clases –es decir, los grupos de doce personas– constituyeron la célula básica de la piedad metodista. Formaban una especie de familia espiritual donde se comunicaban mutuamente sus goces y sus tristezas, sus triunfos y sus derrotas; los fuertes ayudaban a los débiles y aprendían a tolerarlos, y los débiles, estimulados por el contacto de los fuertes, progresaban sobreponiéndose a sus debilidades.

Las clases eran la piedra fundamental de su estructura, y con ellas Wesley aseguró la existencia y la prosperidad de su obra. Por medio de ellas, el metodismo se expandió rápidamente por toda Inglaterra, y el fuego de la vida espiritual suministrado por la obra misionera fue un auxiliar indispensable; además, desarrollaron la educación religiosa de millares de nuevos convertidos.

Debido al crecimiento, el movimiento comenzó a tomar una forma más institucional. Se eligieron personas para administrar las propiedades, se abrieron dispensarios con asistencia médica y farmacéutica para los pobres. Wesley publicó el libro *Medicina preventiva* para la gente de campo; organizó un cuerpo de servicio o diaconado; creó albergues para viudas. Fundó escuelas primarias gratuitas; incluso, una sociedad de préstamos para los que tuvieran necesidades, apelando a filántropos para que aportaran el capital.

Además, Wesley, preocupado por el desarrollo intelectual de los predicadores, organizaba reuniones periódicas con ellos. Escribía, traducía y publicaba libros baratos y folletos que se distribuían entre las personas con escasos recursos. Era capaz de escribir mientras viajaba a caballo; luego, debido a la edad, cambió el caballo por el coche, y siguió escribiendo en el carruaje sin que se lo impidiera el ajetreo. Así, durante los primeros diez años escribió más de cien obras. Debido a la pasión por la escritura, fundó Book Room, una agencia de publicaciones.

Con esa sencilla pero bien coordinada organización de clases y sociedades, con la reunión de predicadores en Conferencias Anuales y con los infatigables viajes de Wesley por toda Inglaterra, Escocia e Irlanda, la obra se afianzó y creció, no sin problemas y sobresaltos. Su tenacidad y su clara visión de la tarea dio un sentido firme y de cuerpo a todo el metodismo.

Wesley y la esclavitud

Hacia el año 1780 entre Inglaterra y América había 53.000 metodistas y 200 predicadores. Ya por ese entonces el metodismo estaba dedicado a combatir la esclavitud. Circulaba la obra de Wesley *Pensamientos sobre la esclavitud* en la cual denunciaba la iniquidad que comete el hombre al esclavizar a su semejante. Durante los últimos años de su vida el gran evangelista permaneció fiel a sus convicciones consagrando el primer

lugar entre sus deberes a la evangelización de las masas. La última carta que escribió Wesley está dirigida a Wilberforce instándolo a que persistiera en la lucha que había emprendido contra el comercio de esclavos.

El desarrollo de la obra

Las cuestiones doctrinales y de disciplina ocupaban un lugar importante. Hacia 1784 había unas 350 capillas del movimiento en Inglaterra donde el metodismo ya se había dado una constitución legal y las sociedades americanas habían asumido una organización episcopal. Las Conferencias Anuales, se transformaron en el cuerpo legal y a la vez directivo y conexional.

En los Estados Unidos, el paso de “movimiento” a “iglesia independiente” había sido gradual y respondía a situaciones concretas planteadas por el objetivo evangelizador; al mismo tiempo, el movimiento de independencia de las colonias americanas hizo imposible seguir dependiendo de instrucciones procedentes de Inglaterra.

En cincuenta años de ministerio había viajado más de quinientos mil kilómetros y predicado cuarenta mil sermones. Compuso, o compendió, unas doscientas obras referentes a teología, biografía, historia, filosofía, poesía, gramática, medicina, etc., siempre de carácter popular. Wesley murió en Londres en 1791, a los 88 años de edad siendo aún pastor ordenado de la Iglesia Anglicana.

El metodismo se independiza y llega al Río de la Plata

En los Estados Unidos el movimiento metodista se transforma en iglesia independiente de la Anglicana. Hacia 1840, el metodismo americano se divide a causa de la “execrable villanía de la esclavitud”, tal como la llamaba Wesley. Esta división entre metodismo del norte y metodismo del sur perduró hasta 1939.

El metodismo del norte –más precisamente de la Sociedad Misionera de Nueva York– decidió emprender una misión a Sudamérica. En 1835, el Rev. Fountain Pitts fue enviado para investigar la posibilidad de afianzar una tarea misionera, en Río de Janeiro o Buenos Aires. Después de una mala evaluación para las condiciones de una misión en Río, en 1836 el Rev. Juan Dempster estableció una “cabeza de puente” en Buenos Aires para el desarrollo de una Misión de la Iglesia Metodista Episcopal Norte. Esta misión en lengua inglesa existió por treinta años sin un gran crecimiento. Hasta que el superintendente William Goodfellow vio la necesidad de comenzar la obra en castellano. En 1867 Juan F. Thomson predicó por primera vez un sermón en castellano en el viejo templo metodista de la calle Cangallo y 25 de Mayo. Este hecho marcó el comienzo de la misión metodista con raíces en la región del Río de la Plata. Las principales ciudades de desarrollo metodista fueron: Buenos Aires, Montevideo y Rosario. En las cuales, además de la tarea evangelizadora y de servicio social, se impulsó una gran tarea educativa para los sectores populares y medios de la población. Tres de los colegios fundados por aquellos días perduran aún hoy como testigos: el Colegio Crandon en Montevideo, el Colegio Latinoamericano de Rosario y el Colegio Ward de Buenos Aires.

De a poco, la misión fue adquiriendo mayor relevancia institucional. En 1932, el Rev. Juan Gattinoni fue elegido primer obispo nacional. Después de un largo proceso de estudios y conversaciones, entre todas las iglesias metodistas presentes en América Latina con la Iglesia Metodista Episcopal de los Estados Unidos se lanzó un progresivo proceso de autonomías. Así fue que, en 1969, la Iglesia Metodista en Argentina dejó de ser parte de la Conferencia Anual del Río de la Plata de la Iglesia Metodista de los Estados Unidos y se convirtió en la Iglesia Evangélica Metodista Argentina.

Preguntas para el estudio

- ¿Cómo comienza a expandirse el movimiento metodista?
- ¿Qué son las conferencias anuales?
- ¿Cómo es el crecimiento del metodismo en el siglo 19?
- ¿Cuándo y cómo llega el metodismo al Río de la Plata?

3. La Biblia

El pueblo de Israel es llamado “el pueblo del libro”. Esto se refiere a que su historia está construida sobre la relación con el Antiguo Testamento. Los cristianos heredamos esa impronta y también somos un pueblo que tiene un libro como rector de sus vidas y acciones. La Biblia es la base de la doctrina y la guía para la vida del creyente y la comunidad. En ella hay palabras para cada momento y quizás nunca la terminaremos de agotar en su condición de fuente de inspiración para la fe y la vida. En este capítulo vamos a ver algunos elementos que hacen de este texto un lugar privilegiado para encontrarnos con el mensaje de Dios.

La naturaleza de la Biblia

La Biblia es una colección de libros. Entre sus tapas hay 66 libros o escritos de diversos tipos: poemas, historias, cantos, cartas, oraciones, actas, y muchos más. En su formación intervinieron muchos autores diferentes, durante un período de más de mil años, aproximadamente desde el año 1000 a.C hasta el año 100 d.C.

Este libro está formado por dos grandes partes: el Antiguo y el Nuevo Testamento. El Antiguo Testamento contiene la historia de las relaciones entre Dios y el pueblo de Israel, relaciones regidas por el “Pacto” o “Alianza” que Dios hizo con aquel pueblo por medio de Abraham (Gn. 17:1-13), y que confirmó en el desierto luego de que Moisés liberara al pueblo de su esclavitud en Egipto (Ex. 24:3-8). El Nuevo Testamento es el testimonio del Nuevo Pacto, o la nueva relación, establecido entre Dios y el hombre por medio de Jesucristo (Mt. 26:28).

Las narraciones y poemas contenidos en la Biblia proceden de una cultura diferente de la nuestra. Fue escrita en su mayor parte en Israel y –algunos textos del Nuevo Testamento– en distintos lugares del Imperio romano. De allí surge la referencia a muchas costumbres que nos resultan extrañas y el abundante uso de lenguaje figurado, simbólico y pictórico. La Biblia fue escrita originariamente en hebreo y arameo (en el caso del Antiguo Testamento) y en griego (en el caso del Nuevo). En todos los casos se utilizó un lenguaje culto pero sencillo, que todas las personas de su tiempo podían leer y comprender. Esto significa que, a menos que nos tomemos el trabajo de estudiar estos idiomas antiguos, tendremos que leer la Biblia siempre por medio de una traducción. Felizmente hoy disponemos de excelentes traducciones de la Biblia al español, las que periódicamente se actualizan y adaptan según los cambios que se producen en nuestra lengua.

La Biblia es un libro religioso que da testimonio de la fe y no pretende ser un libro de ciencia o de historia en el sentido secular. Los relatos de Génesis 1-2, por ejemplo, no

intentan darnos una explicación científica del proceso de la creación del mundo; su propósito es otro, es dar testimonio de que “en el principio creó Dios los cielos y la tierra”, e indicar el propósito que Dios tuvo en la creación. Tampoco busca darnos lecciones de geografía o medicina, pues simplemente refleja el conocimiento que en aquellos tiempos tenían de cada cosa. A la vez la Biblia es excelente literatura y en sus páginas se encuentran textos de extrema belleza. Casi todos los géneros literarios están presentes en la Biblia.

Aun cuando encontramos en La Biblia diversos tipos de literatura, su propósito es darnos el testimonio de fe del pueblo de Dios. Un solo tema corre a través de toda la literatura bíblica: Dios y su relación con su pueblo y la humanidad. Todos los libros están relacionados en una u otra forma con una sola historia: la historia de la obra redentora de Dios que empezó a manifestarse en medio del pueblo hebreo y alcanzó su culminación en Jesucristo para extenderse a todas las personas.

La autoridad de la Biblia

¿Por qué generación tras generación volvemos a la Biblia y hallamos allí la palabra rectora para nuestras propias vidas en toda situación o circunstancia? Porque este libro ha sido escrito por hombres y mujeres bajo la inspiración de Dios. Como ningún otro, encierra el mensaje de Dios para la humanidad. Los que han sentido el pleno impacto de su mensaje la llaman “la Palabra de Dios”.

En textos como 2 Pedro 1: 20, 21 y 2 Timoteo 3: 14-17 encontramos palabras que originalmente se referían al Antiguo Testamento. Los cristianos no vacilaron en aplicarlas también a las Escrituras del Nuevo Testamento, que contienen el testimonio de los primeros discípulos referente a Jesucristo:

“... la profecía no fue en los tiempos pasados traída por voluntad humana, sino los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo”.

“Toda Escritura es inspirada divinamente y útil para enseñar, para corregir, para instituir en justicia, para que el hombre de Dios sea perfecto, completamente instruido para toda buena obra.”

Dios nos habla

He aquí una de las convicciones fundamentales de la fe bíblica: que Dios se comunica con nosotros. Él, que es infinito, todopoderoso, inabarcable para la mente humana (Job 11: 7-8, Sal. 145: 3), sin embargo, ha decidido revelarse a la humanidad, darse a conocer. Y esto no lo hizo para satisfacer nuestra curiosidad, sino para orientarnos en el camino de la vida. Por sobre todo lo hizo para llevarnos a esa relación de armonía y comunión con él, fuera de lo cual es imposible conocer la vida verdadera (Dt. 29:29; 30:15-20; Jn. 20:30-31).

Dios habló por medio de los profetas al pueblo de Israel

Dios nos habla de muchas maneras: por medio de su obra en la creación (Sal. 19:1ss), por medio de la conciencia moral (Ro. 2:14-15); pero hombres y mujeres promovidos por su

pecado frecuentemente han tergiversado el mensaje de Dios en la creación, adorando “a las criaturas antes que al Creador” (Ro. 1:19-21). Hacía falta una palabra más clara, una revelación especial del carácter y de los designios de Dios.

Esta revelación especial vino a través de una serie de encuentros de Dios en la historia humana. Él se dio a conocer a través de su actividad en la historia de un pueblo particular: el pueblo de Israel (Dt. 3:24; 11:2-7). Entre estos actos, el más significativo fue la liberación de ese pueblo de su esclavitud en Egipto. Ese acontecimiento dio comienzo a la vida nacional de Israel en relación con Dios (Ex. 6:7; 19:4).

La Biblia consiste, en gran parte, en el registro de las obras de Dios en la historia de su pueblo, el pueblo de Israel, y luego en el testimonio de los primeros cristianos que conformaron la Iglesia.

Dios ha pronunciado su palabra más clara en Jesucristo

Aun aquellos que recibieron la revelación de Dios en la historia de su pueblo y que habían presenciado la interpretación de esa revelación por boca de los profetas, persistentemente rechazaron el mensaje (Jer. 25:3-7). Llegó el día cuando Dios dijo: “No enviaré más mensajeros; iré yo mismo”. La revelación tuvo su culminación cuando en medio de ese pueblo se hizo presente Jesucristo –el Hijo de Dios, la encarnación de Dios en una vida humana; él era por excelencia la “Palabra” o el “Verbo” de Dios–, la más clara revelación de la naturaleza y propósito de Dios que jamás había venido a la humanidad (Jn. 1:1-4; 14; 18). Él es el fin y la consumación de todo lo revelado antes por Dios. Su vida, muerte y resurrección constituyen el más grande de los “actos de redención” de Dios en bien nuestro, el acto decisivo de Dios para nuestra salvación. Así, el mensaje del Antiguo Testamento se prolonga y completa con los textos del Nuevo Testamento, que dan testimonio de esta nueva presencia de Dios entre nosotros. Los escritos del Nuevo Testamento son el testimonio de los hombres y mujeres que estuvieron en contacto directo con Jesús o que participaron de las primeras dos o tres generaciones de creyentes.

Dios continúa hablando por medio de las Escrituras

La Biblia no es simplemente el registro de lo que Dios ha dicho en el pasado. Por medio de ella, Dios habla hoy a las personas. Cuando con mente abierta nos dedicamos a su lectura, descubrimos que sus consejos y promesas son también para nosotros y no solo para aquellos que fueron sus primeros oyentes o lectores. Mediante las palabras de la Biblia, nos hallamos frente a esa Palabra eterna de Dios que es “viva y eficaz” y que penetra hasta lo íntimo de nuestro ser, revelando nuestra verdadera condición delante de Dios (He. 4:12). Al recorrer y estudiar sus página nos ponemos en contacto con esa Palabra que nos transforma y que engendra en nosotros nueva vida, vida en comunión con Dios (1 Pedro 1:23-25) y con las demás personas. Es decir, nos encontramos con Dios mismo.

Preguntas para el estudio

¿Cuántos libros contiene la Biblia y como se dividen?

¿De dónde le viene la autoridad a la Biblia?

¿Cuál es el centro del mensaje del Nuevo Testamento?

¿Qué significa decir que Dios nos habla hoy a través de sus páginas?

4. El Dios en quien creemos

La existencia de Dios

Los escritores de la Biblia nunca formularon la pregunta, tan en boga en nuestro tiempo: ¿Existe Dios? No nos ofrecen ningún argumento para comprobar la existencia de Dios. Solamente un par de veces (Sal. 14:1 y 53:1) se menciona al “necio” que dice en su corazón: “No hay Dios”. Esta es, básicamente, la persona que procura ordenar su vida como si Dios no existiera. Se trata de un ateísmo práctico y no teórico, que significa que cree que Dios existe pero no le importa que pueda incidir en su vida. Aunque puede creer en Dios vive como si no existiera.

El Dios que se revela

Las preguntas que la Biblia se hace son: ¿Quién es Dios? ¿Cómo es él? ¿Cuál es su relación con las criaturas humanas? Son preguntas acerca de la identidad de Dios. ¿Pero de dónde vienen las respuestas que la Biblia nos presenta? ¿Cómo podemos conocer a Dios? El Dios de la Biblia es eterno, infinito, ensalzado muy por encima de nosotros; no puede ser hallado o comprendido por la mente humana (1 Ti. 6:16; Sal. 145:3). Por lo tanto, no podemos conocerlo por nuestros propios esfuerzos. Solo podemos saber de él, lo que él mismo nos dé a conocer; es decir, lo que él nos revela acerca de sí mismo.

Afortunadamente, Dios ha querido revelar su naturaleza, su carácter y su voluntad a las personas. Es un Dios que nos habla; un Dios que se da a conocer (Hb. 1:1-2). Nos ha revelado su pensamiento para que vivamos en armonía con él y con su plan para nosotros. Como vimos en el capítulo anterior, se dio a conocer primero a ese pueblo con quien él inició una relación especial: el pueblo de Israel. Pero la palabra final, la palabra más clara de su revelación fue dada en la vida, muerte y resurrección de Jesucristo, Dios encarnado en la vida humana (Hb. 1:1-2; Jn. 1:1, 14).

El Dios que vive y actúa

Es un Dios que **actúa** en la creación y gobierno del universo, en la defensa de su pueblo y en el juicio y la derrota del mal (Jer. 10:10-13; Hch. 14:14-17; He. 10:30-31). No es un Dios que habita en el cielo y observa cómo nos destruimos aquí abajo, en la tierra.

Es un Dios que se acerca a nosotros por medio de una relación personal con quienes lo buscan (Sal. 42:2; 103:8-13). Dios desea encontrarse con cada uno de nosotros y está dispuesto a recibirnos en cualquier momento de nuestra vida.

Dios es Espíritu

El Dios viviente (Jn. 4:24) es a la vez el Dios que **da vida**. Este don precioso viene a través de la actividad creadora de su Espíritu (la palabra *espíritu* en hebreo y griego significa en primer término ‘viento’, ‘soplo’, por extensión ‘movimiento’ y ‘vida’).

El Espíritu de Dios no solamente anima la vida natural sino que da vida espiritual. En la visión del profeta, el Espíritu hace revivir al pueblo de Dios, que estaba caído, exiliado de su tierra y muerto espiritualmente (Ez. 37:9-14).

El Nuevo Testamento destaca el carácter **personal** del Espíritu como tercera persona de la trinidad (Jn. 14:16-17, 26; 15:26, entre otras citas).

Cuando decimos que “Dios es Espíritu”, reconocemos también que su naturaleza no es limitada como la nuestra (tiempo, espacio y materia). Dios está más allá de las coordenadas a las que nosotros estamos sometidos.

Por eso decimos que:

- Dios es eterno (Sal. 90:2; 102:25-27).
- Dios es omnipresente: puede manifestarse en cualquier momento en cualquier punto del universo (Sal. 139:7-12).
- Dios no posee un cuerpo material. No puede ser identificado con el mundo creado ni ninguna parte de él. Por eso cuando se hacen imágenes de Dios es inevitable caer en una distorsión, pues finalmente se le rinde culto a un objeto que nada tiene de la naturaleza divina. De allí que la Biblia sea tan severa con la indicación de no hacer imágenes (Ex. 20:4-5).

Dios es el Creador

Creó el mundo y todo lo que existe. El mundo visible fue creado por su palabra: “él dijo, y fue hecho; él mandó y existió” (Sal. 33:9; He. 11-3; Gén. 1:3).

Dios sigue obrando en su mundo; no se conformó con ponerlo en marcha y dejarlo librado a su suerte, sin su cuidado y provisión el mundo perecería de inmediato. Jesús lo expresó en estas palabras: “Mi padre hasta ahora obra, y yo obro” (Jn. 5:17).

Ser creador también significa que es el Señor de la tierra y todo lo que en ella existe. Eso incluye nuestras propias personas, lo que somos y lo poseemos.

Dios es soberano del universo

No ha dejado al mundo librado al azar, sino que dirige y gobierna todas las cosas de acuerdo con sus propósitos de justicia y amor.

En su **providencia** Dios cuida a sus hijos como un buen padre (Mt. 5:45; 6:26-30). ¿Se libran del sufrimiento y del dolor los que obedecen a Dios? En este mundo donde abunda

el mal, los creyentes no están libres de sufrir tragedias, angustia o situaciones tristes. Pero en la adversidad Dios no abandona a los suyos. Él es capaz de transformar para bien a todos los males que nos aquejan (Ro. 8:28; 35-39).

Dios preside y dirige el curso de la historia humana; aunque no todo lo que sucede en la historia humana es responsabilidad de Dios, pues esto no significa que la libertad del ser humano sea anulada. Él guía y ordena los movimientos de los pueblos y las naciones, y no solamente de su pueblo Israel (Am. 9:7; Hch. 17:26).

Dios gobierna la historia de acuerdo con su propia naturaleza ética; por ejemplo, usó a un pueblo pagano para corregir y disciplinar a su propio pueblo cuando cayó en el pecado y la rebeldía (Is. 10:5-6; 2 Cr. 36:15-17).

Por sobre todo, Dios ordena todas las cosas de acuerdo con su propósito supremo de amor y redención, a saber: “que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” (1 Ti. 2:4).

Dios es justo

Dios juzga de acuerdo con su justicia (Sal. 96:10, 13; 98:9). A diferencia del juicio ejercido por las personas, el juicio divino no puede ser torcido por factores de posición social o económica. Él “no hace acepción de personas, ni toma cohecho” (Dt. 10:17).

El juicio de Dios siempre está vinculado a su misericordia y amor. La balanza de su justicia siempre está inclinada hacia los pobres, los desamparados, los indefensos (Dt. 10:18; Isa. 1:17). En algunos textos su justicia equivale prácticamente a su actividad salvadora en bien de las personas (Is. 46:13, 51:5; Ro. 3:21 ss.)

Dios es amor

El amor de Dios se manifiesta en muchas formas, pero la manifestación del amor se da en forma suprema en relación con el milagro del perdón. He aquí la más grande maravilla: Dios no abandona a los seres humanos en su rebeldía y corrupción, sino que procura salvarlos y reconciliarlos (Lc. 15: 3-7; 11- 24).

La obra culminante y decisiva del amor de Dios es la venida de Jesucristo, su único Hijo, para ejecutar nuestra salvación.

Al conocer a Dios por medio de Cristo, podemos llamarlo “Padre”. Varias veces en el Antiguo Testamento Dios es llamado Padre de su pueblo (Sal. 103:13; Is. 63:16; Jer. 3:19). Pero fue en los labios de Jesús donde este título alcanzó su pleno significado. Él se dirigía a Dios en oración con plena confianza, como un hijo a su padre (Mr. 14:36; Lc. 10:21; 23: 34, 46; Jn 17: 1 ss.) y enseñó a sus discípulos a hacer lo mismo (Mt. 6: 9). Creyendo en Cristo, nosotros podemos también ser recibidos en la familia de Dios, de tal manera que podamos acercarnos a él con confianza y llamarlo “Padre” (Ro. 8:15, 16; Ga. 4: 4-7; Ef. 2: 18).

La Trinidad

Decimos que Dios se manifiesta de tres formas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Los cristianos lo conocemos bajo estos diversos aspectos:

- Como el Padre, creador.
- Como el Hijo, hecho ser humano para nuestra salvación.
- Como el Espíritu Santo, Dios presente y activo en su Iglesia, en el mundo y particularmente en la vida de cada creyente.

La palabra “trinidad” no aparece en la Biblia, pero la doctrina surge de la experiencia y el pensamiento de los primeros cristianos con respecto a Dios (ver Mt. 28:19; Jn. 14:15-17, 26; 2 Co 13:14).

Preguntas para el estudio

- ¿A qué preguntas responde la Biblia?
- ¿Qué significa decir que Dios se revela?
- ¿Cuáles son las principales características de Dios?
- ¿Qué dice la doctrina de la trinidad?

5. La creación y nosotros

La naturaleza de los relatos bíblicos

Cuando leemos relatos bíblicos acerca de la creación debemos recordar que el propósito es mostrar el sentido de la creación. Los escritores bíblicos no pretenden proporcionarnos una serie de datos científicos ni precisos acerca del origen del mundo y los comienzos de la historia humana; su intención es dar testimonio de su fe acerca de la voluntad de Dios tal como se manifiesta en la creación.

El lenguaje de los relatos de la Biblia no es el lenguaje de la ciencia sino que es un lenguaje poético, lleno de metáforas y símbolos. De allí que no exista conflicto entre la ciencia y las narraciones bíblicas en cuanto a la creación. Las dos disciplinas buscan respuestas a preguntas distintas. La ciencia pregunta: ¿cómo se hicieron las cosas? y, como cristianos, podemos aceptar cuanto nos puede decir el geólogo, el biólogo o el médico acerca del proceso por el cual el universo fue formado y llegó a su estado actual y cuáles son las leyes que rigen el planeta o nuestro cuerpo. Pero la Biblia da respuesta a otra pregunta, distinta y de otra índole: ¿Para qué se hizo el universo? ¿Cuál es el sentido de la creación? Y responde que son los ojos de la fe los que abren su sentido. Así la carta a los Hebreos dice: “Por la fe entendemos haber sido compuestos los siglos por la Palabra de Dios, siendo hecho lo que se ve, de lo que no se veía” (11:3).

En la misma forma, los relatos acerca de la creación del ser humano que encontramos en Génesis no buscan explicar materialmente la creación de las personas sino que nos muestran la intención de Dios al crear a la pareja humana. El vocablo hebreo “*adam*” de donde viene el nombre “Adán”, literalmente significa “humanidad”, y se emplea en ese sentido en Génesis 1:26; 2:5; 5:2. Eva significa ‘mujer’, cualquier mujer, todas las mujeres. Por lo tanto, lo que se dice de Adán y Eva tiene aplicación para nosotros también. No estamos leyendo historia antigua, estamos leyendo nuestra propia historia en lenguaje poético y simbólico.

La doctrina bíblica de la creación

De acuerdo con las narrativas bíblicas surgen las siguientes afirmaciones:

- Dios es el principio de todas las cosas (Gn. 1:1; Ap. 1:8). El mundo es creación de su Palabra (Gn. 1:3, 6,9). Esto significa que es señor y dueño de todo el mundo creado (Sal. 24: 1-2).
- Dios trasciende al mundo creado. No está confinado dentro del mundo, sino que está más allá de las cosas creadas.

- Para la Biblia, el mundo no es prolongación de Dios ni una parte de él, ni las cosas tienen un carácter divino. Dios no se debe identificar con las cosas creadas. La belleza de la naturaleza nos muestra lo grande de su amor, pero Dios no es la naturaleza.
- Dios sigue obrando en el mundo (Jn. 5:17). Todo cuanto existe depende absolutamente de él para su sustentación (Sal. 104:14-15, 27-30; 145:15-16; cp. He. 1:3; Col. 1:17). Él es la fuente de la vida (Sal. 36:9; Dt. 30:20).
- La creación es buena porque es la obra de Dios. Cuatro veces se emplea la misma expresión en relación con la creación “Y vio Dios que era bueno” (Gn. 1:12, 18, 21, 24). Al final del mismo relato el autor resume: “Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera” (Gn.1:31). No hay duda que esta creación “buena” sufre de imperfecciones. La Biblia atribuye estas imperfecciones al trastorno causado por el pecado del hombre (Gn. 3:17-19; Ro. 8:19-22). Pero nunca debemos pensar que el mundo está tan corrompido que nuestro único recurso sea escapar de él o que la vida ya no vale la pena vivirse. Debemos gozar de las cosas buenas que Dios ha colocado en el mundo para nuestro bien y ver en el orden creado las evidencias de la obra de Dios (Sal. 19:1).
- La creación tiene un propósito, una finalidad. En ella se expresa la voluntad de Dios hacia la humanidad y su invitación a ser parte del proyecto de justicia y paz para todos. Así la creación nos habla del amor de Dios, amor que conocemos perfectamente solo en Cristo, y que el amor es el principio que ha regido en la creación desde los comienzos.

La doctrina bíblica sobre la humanidad

La Biblia nos da una imagen del ser humano que podemos caracterizar con las siguientes observaciones.

La humanidad es parte de la naturaleza

Los seres humanos somos una **criatura** de Dios. Estamos ineludiblemente vinculados a la naturaleza de la cual formamos parte. Este hecho se expresa en los relatos del Génesis, en varios detalles: el hombre es creado el mismo día que los animales (Gn. 1:24-27) y como ellos es formado del polvo de la tierra (Gn. 2:7; cp. 3:19,23). La Biblia nunca se cansa de recordarle al hombre su origen humilde, su debilidad, su mortalidad; es decir, el carácter pasajero, transitorio de su existencia (Sal. 39:4-7; 90:5-6; 10-12; Ec. 12:7; Is. 40:6-8; Stg. 4:13-15). Sin duda, hay elementos que lo distinguen de los animales: su razón, su consciencia moral, su capacidad creadora, entre otros, son dones dados por Dios para que los administre en bien de la creación y de sus prójimos.

La Biblia afirma que el hombre está hecho “a imagen y semejanza de Dios” (Gen 1:26; Sal 8:5; Stg. 3:9). ¿En qué consiste esta “imagen de Dios”? Consiste en que cada ser humano participa de la dignidad de tener algo de Dios en su misma vida. Eso hace de la vida humana un valor sagrado, que debe respetarse y ser tratada con la dignidad que esa condición le otorga. Cada persona merece respeto y cuidado por el solo hecho de ser criatura de Dios, creada a su imagen y semejanza.

El ser humano goza de una singular grandeza dentro de la creación, pero nunca debe olvidar que su grandeza es una grandeza dada por Dios y que depende de su relación con Dios. Esa dignidad puede ser pisoteada –y de hecho muchas veces lo es– por la persona misma cuando se olvida que es criatura de Dios y se yergue como dueña de sí misma.

El ser humano como administrador de la creación

A los seres humanos nos ha sido dado el mandato de multiplicarnos y administrar la creación, ejerciendo un dominio para fines que concuerden con la voluntad divina (Gn. 1:28-30; 9:1-7; Sal. 8:6). La autoridad dada a Adán para nombrar a los animales es simbólica de este dominio que le es conferido (Gn. 2:19).

El ser humano como ser libre y responsable

La Biblia afirma que Dios rige la creación, que nada puede frustrar el triunfo final de sus buenos propósitos, pero esta convicción no lleva a los escritores bíblicos a un cerrado determinismo. Constantemente colocan al lado de esta afirmación de la soberanía de Dios, otra afirmación igualmente importante: que su soberanía no anula la libertad del hombre, no lo reduce a un títere. El hombre es libre en sus decisiones morales y especialmente es libre para escoger a Dios, para escoger cuál será la suprema lealtad a la cual dedicará su vida (Dt. 30:15-21; Mt. 6:24-33). De acuerdo con esta convicción, la Biblia declara que el hombre es responsable de sus hechos delante de Dios (Is. 1:19-20; Jer. 2:19; Sal. 34: 16; Ro. 1:18 ss).

La unidad de la comunidad humana

En Hechos 17:25-26, el apóstol Pablo declara que Dios ha hecho de una sola sangre a todos las personas. Todos tenemos un origen común: la comunidad humana es una. El episodio de Babel sugiere que en un tiempo había, incluso, unidad cultural y lingüística: las diferencias que separan a los pueblos se deben al pecado (Gn. 11:1-9). Las genealogías bíblicas del Antiguo Testamento señalan a menudo el origen común de todos los pueblos.

Cualquier discriminación construida sobre cuestiones raciales, de clase social, de posición económica o cultural, de identidad nacional o étnica, etcétera, deben ser rechazadas pues no tienen ningún valor delante de Dios. Desde un comienzo somos considerados hijos e hijas de Dios en pie de igualdad y así debemos considerarnos y tratarnos.

La realidad del pecado

Esta es la última afirmación bíblica acerca del hombre que deseamos subrayar. El ser humano, creado con la capacidad de estar en armonía con Dios y reflejar su imagen y voluntad para con todos, se ha apartado de esa relación y ha puesto en peligro el plan de Dios para su vida y para el planeta. Creado para un destino magnífico, lo ha rechazado. De esto nos ocuparemos en nuestro siguiente capítulo.

Preguntas para el estudio

- ¿Qué lenguaje utiliza la Biblia para describir la creación de Dios?
- ¿Qué nos dice la Biblia sobre el cuidado de la creación?
- ¿Cuál es su concepción del ser humano?
- ¿Qué significa que el ser humano es libre y responsable?

6. El pecado

Cuando observamos las injusticias, el dolor y la corrupción en nuestra sociedad, nos preguntamos acerca del origen de tanto desequilibrio en las relaciones humanas. Generalmente, tendemos a buscar la causa en algún factor externo que afecta al ser humano: el medio ambiente en que vive, la falta de instrucción adecuada, la inestabilidad de la vida hogareña, el sistema político, social o económico, u otros. En estas afirmaciones hay un importante elemento de verdad. La vida de cada persona se moldea por las condiciones que la rodean y que se hacen parte de ella. La forma particular que toma el mal en un determinado momento de la historia está relacionada con las características de esa sociedad. Por eso proclamamos la necesidad de más justicia en la sociedad, de mejoras en las condiciones laborales y sociales. Una sociedad donde la pobreza y la incertidumbre social sean reducidas o eliminadas permitirá mejorar las relaciones entre las personas y facilitará el desarrollo de las potencialidades que Dios puso en cada uno.

Pero también hay una grave ilusión y un serio error en atribuir a las condiciones externas la raíz y el origen de los males que sufrimos. El mal no es producto de la casualidad ni de la voluntad de Dios: es la expresión y consecuencia de una realidad que se arraiga en el centro mismo de la existencia humana, lo que la Biblia llama “el corazón”. Jesús, que conoció las profundidades de la naturaleza humana como ningún otro, manifestó que lo que corrompe y contamina al hombre no es algo que entra en su vida desde afuera, sino que es lo que sale de su propio corazón (Mt. 15:11). En esto, el Señor confirma el diagnóstico del profeta Jeremías: “Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso: ¿quién lo conocerá?” (Jer. 17:9). Quiere decir que el pecado no nos llega desde afuera sino que está presente en el interior de nuestra vida y nos afecta diariamente.

Un texto nos ayudará a entender mejor cómo el pecado es el origen de los males. Leamos Isaías 59:1-15. Notemos la corrupción general de la sociedad (v. 4), el predominio de la violencia (v.8), la perversión de la justicia (vs. 14; 15), el sentido general de desorientación y confusión moral (vs. 9; 10), la ausencia de paz (v. 8). Todo eso es el pecado.

El pecado es lo opuesto al amor

El pecado es lo contrario del amor (1 Jn. 3:10-11). El primer mandamiento de acuerdo con las palabras de Jesús es amar a Dios y el segundo, amar al prójimo (Mt. 22: 35-40). Cuando la persona actúa de manera que no ama a Dios ni al prójimo está en pecado.

La palabra griega que más comúnmente se usa en el Nuevo Testamento para “pecado” quiere decir “errar el blanco”. Al pecar nos desviamos del verdadero fin de nuestra

existencia. Esta imagen era mucho más concreta y terrible en los tiempos bíblicos, pues en aquella época de combate cuerpo a cuerpo quien erraba el blanco comprometía seriamente su situación en la lucha; el error podía costarle la vida. De modo que el pecado debe ser entendido como un deterioro de la vida y de las relaciones sociales en que estamos inmersos.

Aceptar los límites

Una característica del pecado es querer colocar nuestra voluntad por sobre la voluntad de Dios. Esto es el significado del relato de Génesis 3 acerca de la entrada del pecado en el mundo. El pecado de Adán es el pecado de todo ser humano: el intento de adquirir suficiente sabiduría para no tener en cuenta a Dios. Es importante saber que, en este caso, “sabiduría” no significa conocimiento o madurez para tomar decisiones –actitud que la Biblia procura y valora en toda persona–, sino que se refiere al conocimiento para dominar y adquirir poder sobre la naturaleza creada. Adán pretende actuar como si Dios no existiera y regir su propia vida al margen de lo que el Creador tuviera que decirle. No acepta sus límites humanos y quiere ser como Dios que domina sobre todas las cosas y personas. Eso es el pecado. En el libro de Isaías lo describe con una imagen clarísima: “Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino” (Is. 53:6).

Las ramificaciones del pecado

El pecado se manifiesta en muchas formas. No solo por lo que hacemos, sino por lo que omitimos hacer (Stg. 4:17). No solo por las malas acciones, sino por los malos pensamientos (Mt. 5:28-29). Muchos de nuestros pecados causan daños a nuestros semejantes y tienen consecuencias nefastas para quienes nos rodean. Por esa razón afirmamos que en última instancia el pecado es una ofensa contra Dios (Sal. 51: 4).

El pecado también se expresa en las relaciones sociales. Las injusticias y violencias sociales (guerras, hambre, sistemas económicos injustos, etc.) son una forma de pecado que trasciende el plano personal. Se puede incluso hablar de “estructuras de pecado” cuando reconocemos que un sistema social, cultural o económico impide que el ser humano disfrute de los bienes necesarios para el sano desarrollo de la vida o viola los derechos y la dignidad de cada persona. Pero es importante recordar que detrás de cada decisión política y económica hay personas que las proponen, planifican y llevan a cabo. De modo que el pecado social también tiene responsables directos y personales.

El pecado está en todos

Todas las personas somos pecadoras. “Todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios” (Ro. 3:23). Ninguno ha alcanzado la perfección divina, aunque esa es la meta que Dios nos ha propuesto (Mt. 5:48). Por lo tanto, todos estamos en falta delante de él (Sal. 14:1-3; Ro. 3:9-20; 1 Jn. 1:8).

Sin duda, hay personas más rectas y honestas que otras. Y hay quienes se acercan a lo que el Señor pide, de tal manera que llegamos a admirarlas como ejemplo de vida. Pero es necesario recordar que aun en esos casos el pecado anida en el corazón de todos. Más allá de reconocer las virtudes de cualquier hermano o hermana, el modelo para la vida será siempre Cristo y sus palabras, porque por más fieles que seamos, siempre el Señor tiene un camino para perfeccionar nuestra vida. Y debemos recordar que, al obrar de acuerdo con lo que el evangelio nos pide, estamos cumpliendo con nuestro deber y eso de ninguna manera nos hace ejemplo de vida.

Las consecuencias del pecado

El pecado nos separa de Dios. El relato de Génesis 3 muestra a la primera pareja que al alejarse de Dios comenzó a sentir vergüenza de sus cuerpos, de sí mismos, a tener miedo y a esconderse de Dios (Gn. 3:10).

El pecado nos separa de nuestro prójimo. Dos episodios del libro de Génesis subrayan este hecho. En Génesis 4:1-10 se relata la lucha entre hermanos que concluye con la muerte de Abel. Más adelante, después del diluvio, un pueblo quiere dominar a los demás y dice: “Hagámonos un nombre” (Gn. 11:4). A los integrantes de este pueblo les interesa ser temidos por los demás pueblos. Dios se opone y el resultado es la pérdida de comunicación entre los pueblos (Gn. 11: 1-9). Al no querer entendernos con nuestro Creador, no podemos entendernos con el prójimo.

Los catálogos de pecados enumerados por el apóstol Pablo (Ro. 1:28-32, Gá. 5:19-21) describen las actitudes y acciones que destruyen la hermandad entre los seres humanos.

El camino de la reconciliación con Dios

Así como la realidad del pecado es contundente también lo es la propuesta redentora de Dios. Saber que el pecado anida en nosotros no debe ser una afirmación que nos paralice ni inhiba de luchar contra él. A la vez sabemos que el ser humano no puede por sus propios medios liberarse de sus pecados pues, por más que lo intente, siempre quedará a la larga enredado en sus propias contradicciones.

En esta situación Dios viene en nuestro rescate. Esto lo hizo enviando a su Hijo al mundo como nuestro Salvador. “Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores” (1 Ti. 1:15). La reconciliación con Dios viene de su mano, no de la nuestra. Reconocer a Cristo nos permite encontrarnos nuevamente con él y comenzar a caminar por sus caminos. El pecado estará allí siempre, pero el creyente sabe que en el momento de la tentación (del egoísmo, la mentira, la injusticia) podrá contar con la fuerza de Dios para vencerla.

Preguntas para el estudio

¿Cómo describimos el pecado?

¿Cómo se manifiesta el pecado en la vida de las personas?

¿Cuál es la consecuencia del pecado?
¿Cómo puede el ser humano reconciliarse con Dios?

7. Jesús, el Mesías y el Cristo: su persona

¿Quién es Jesús?

La historia de su vida se puede resumir en pocas frases. Nacido en un pueblo insignificante en una provincia del Imperio romano, se crió en el hogar de un artesano. Hasta aproximadamente la edad de 30 años trabajó en el oficio de carpintero. Después abandonó el hogar paterno por emprender la vida de un predicador itinerante. Enseñaba las cosas de Dios con una notable autoridad y frescura, y en sus palabras se notaba que gozaba de una comunión muy íntima y directa con el creador (Mt. 7:28-29; 11:27). Se rodeó de un grupo de discípulos, de los cuales eligió a doce para que sean en manera especial sus colaboradores en el ministerio.

Al cabo de tres años –otros piensan que solo fue un año– se acentuó contra Jesús la enemistad de los dirigentes religiosos de su pueblo. Sus enseñanzas cuestionaban instituciones como el sábado o el templo y eran dichas de manera que ponía en evidencia las faltas y en ocasiones la hipocresía de esa dirigencia. Para contrarrestarlo, convencieron a las autoridades romanas de que Jesús representaba un peligro para la seguridad del Estado aunque en realidad temían que el pueblo los abandonara para seguir en pos de este predicador (Lc. 23:2-6). Por medio de mentiras lograron que el tribunal romano le impusiera la sentencia de muerte. Fue crucificado junto con otros como un vulgar criminal. Y ante estos hechos sus seguidores perdieron todas las esperanzas que habían depositado en él.

Tres días después de la crucifixión, sucedió algo inesperado. Cuando algunas mujeres fueron a llorar y acondicionar el cuerpo fallecido encontraron que la tumba estaba vacía. Poco después, Jesús se presentó vivo a sus discípulos. Luego de dudar llegaron a aceptar que él había vencido a la muerte. Jesús resucitado estuvo con ellos durante cuarenta días, instruyéndolos y alentándolos para que emprendieran la misión de anunciar el evangelio al mundo. Luego de ese tiempo fue exaltado y se narra que fue recibido arriba en el cielo (Hch. 1:6-11). Casi inmediatamente después, sus discípulos salieron a proclamar que Jesús era el Mesías esperado durante siglos por el pueblo judío y que era el salvador de la humanidad.

¿Quién decimos nosotros que es él?

Hay dos episodios en los evangelios en los que se declara la identidad de Jesús. Uno tiene por protagonista a Pedro cuando Jesús le pregunta: “¿Quién decís que soy?” y Pedro contesta: “tú eres el Cristo” (Mr. 8:27-30). Otro aún más profundo, a la misma pregunta

de Jesús Marta responde: “Sí Señor, yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido al mundo” (Jn. 11:17-27).

Desde los días de su ministerio en la tierra, esta pregunta ha sido dirigida a muchos y es sin duda todavía hoy una pregunta vigente y que cada creyente debe responder. ¿Cómo respondemos a ella hoy? Compartamos algunos elementos que nos ayudarán a formar nuestra opinión.

Jesús es el hijo de Dios

La fe de la Iglesia afirma que en Cristo están presentes tanto la naturaleza divina como la humana. Esto quiere decir que es en verdad Dios y ser humano.

Es verdaderamente Dios

Esto surge de las Sagradas Escrituras que le atribuyen la dignidad que le corresponde a Dios. El testimonio bíblico es que Jesús comparte la divinidad del Padre. No es simplemente una persona genial, la más sabia o la más buena. Es Hijo de Dios y participa de esa condición divina. Por eso decimos que:

- Es eterno (Jn. 1:1; 17:5) al igual que el Padre. Jesús está hoy presente a través de su Espíritu en medio de los creyentes y actuando en el mundo. Su eternidad no es una afirmación teórica sino una expresión de la fe que reconoce la acción de Dios en nuestros días.
- Posee el poder de Dios (Mt. 28:18). Así como las leyes naturales están sometidas al creador, del mismo modo Jesús dominaba los vientos, las enfermedades, y conocía el corazón de quienes lo rodeaban. No lo hacía como un simple milagrero sino como forma de poner en evidencia el poder de Dios y su voluntad de salvar y rescatar a las personas.
- Principalmente Jesús es fuente de vida eterna para los que creen en él. Jesús es fuente de vida abundante y eterna para quienes se acercan a él con fe. La mente humana quizás no pueda entender esta realidad en toda su dimensión, pero es una promesa de Jesús que el creyente sabe que será cumplida. Lo pasajero y perentorio quedará aquí pero el Señor tiene un lugar preparado para cada uno de sus hijos e hijas.

Es verdaderamente humano

Pero siendo Jesús verdaderamente Dios es a la vez verdaderamente ser humano, como dice Adán de Eva en el relato del Génesis, fue “hueso de nuestro hueso, carne de nuestra carne”. El Dios padre muestra en la encarnación su voluntad de valorar a los seres humanos tal como son. Por eso, en Cristo, Dios asumió la forma humana como una manera de afirmar su compromiso con nosotros. Dios se hizo persona para mostrarnos que estaba dispuesto a vivir como uno de nosotros y mostrarnos el camino de salvación de manera directa.

Al hacerse persona conoció las experiencias humanas, como el hambre (Mt. 4:2), la sed (Jn. 19:28), el cansancio (Jn. 4: 6), que son parte de la vida cotidiana de todas las

personas. Jesús no era una persona con dones físicos superiores a las de cualquier otro. Encarnarse implicó ser igual y padecer las mismas necesidades que todos.

Junto a ello experimentó toda la gama de las emociones humanas: alegría (Jn. 15:11), tristeza (Jn. 11:35), angustia (Mr. 14:34 y Jn. 12:27), indignación (Mr. 3:5). Su condición de Hijo de Dios no lo eximía de que los sentimientos embargaran su vida y a veces ensombrecieran sus días. Hacerse persona también significó someterse a los vaivenes de nuestra humana sensibilidad. Esto es también una forma de reconocer la dignidad de nuestros sentimientos.

Fue tentado tal como lo es cada ser humano. Jesús no estuvo exento de las tentaciones del poder, la codicia y la vanagloria. Sus tentaciones en el desierto (Mt 4:1-11) son un símbolo de las tentaciones que todos los días sufrimos los seres humanos.

Se identificó con nosotros hasta en la experiencia de la muerte (He. 2:14; Fil. 2:8). De poco hubiera servido el comprometerse con lo humano de parte de Dios si no hubiera incluido la muerte en ese compromiso. La vocación de vida es inherente a la persona y nadie que esté sano ansía morir. Jesús tampoco quiso morir pero aceptó el plan de Dios para su vida.

Jesús es el que está presente en medio nuestro

De poco serviría que Jesús haya dado su vida en la cruz y que haya resucitado si luego nos dejara aquí en la tierra abandonados a nuestra suerte. Por eso afirmamos que Jesús es el que está cada vez que lo necesitamos. Señalemos algunos elementos de esta realidad:

- Jesús hablaba con todos, curaba, aconsejaba, reprendía a los orgullosos y vivía con los humildes. Así como lo hizo en el pasado está dispuesto a hacerlo hoy con nosotros. A Jesús podemos invocarlo y él siempre responderá a nuestro llamado.
- Jesús tenía autoridad para perdonar los pecados (Lc. 5:21; 7:49). Muchas veces vivimos atormentados por pecados y faltas que nos oprimen y no nos dejan disfrutar de la vida que Dios nos dio. Solos no podemos librarnos de ellos, pero Jesús perdona nuestros pecados y nos llama a no pecar más. A través de Jesús vemos restituida nuestra relación con Dios y con quienes nos rodean.
- Jesús nos ayuda a colocar las leyes religiosas en su justo lugar, pues para él la fe debe servir para crear lazos de amor y solidaridad. Si no es así, entonces debemos revisar nuestra fe o nuestra práctica de esa fe (Mr. 2:24; 28; Mt. 5:21-48). La fe debe ayudarnos a vivir de manera creativa la vida, no a anularla.
- En sus enseñanzas él afirma que el Reino de Dios se ha acercado. Eso quiere decir que su presencia inaugura el Reino entre nosotros. La soberanía de Dios no se ha instalado definitivamente, pero ya podemos disfrutar de los primeros frutos. Así sabemos que donde Dios reina florecen la justicia, la paz, la solidaridad, el amor, la esperanza y todo aquello que nos une con el prójimo en pos de una vida digna para todos.

Estas cosas nos muestran que Jesús no fue ni un ser humano promovido a Dios, ni tampoco un espíritu con forma de hombre. él es el Hijo de Dios que renunció a la

tranquilidad del cielo y la condición divina para venir a la tierra y tomar sobre sí nuestra naturaleza humana. Se identificó plenamente con nosotros y vivió en medio nuestro. El evangelio de Juan lo dice esta manera: “Aquel verbo fue hecho carne y habitó entre nosotros” (Jn. 1:14).

Preguntas para el estudio

- ¿Cómo podemos narrar en pocas palabras la vida de Jesús?
- ¿Cómo son los diálogos de Pedro y Marta con Jesús sobre su identidad?
- ¿Qué significa que Jesús sea verdaderamente Dios y verdaderamente humano?
- ¿Cómo se expresa la presencia de Jesús en medio nuestro?

8. Jesús, el Mesías y el Cristo: su obra

La palabra “Cristo” no es un nombre propio, sino un título que describe un oficio. Esta palabra de origen griego tiene en hebreo su equivalente en la palabra “mesías”: ambas significan “ungido”. Con esta expresión se refiere a la práctica que tenían los hebreos de ungir con aceite a las personas elegidas para una tarea especial en nombre de Dios. Los ungidos eran considerados hombres y mujeres cuyo destino estaba marcado por el seguimiento de la voluntad de Dios.

Entre las personas que recibían esta unción estaban:

- Los profetas: como voceros de Dios para anunciar su voluntad.
- Los sacerdotes: cuya función era la de vincular al pueblo con Dios por medio de sus oraciones de intercesión y la práctica de los sacrificios en el templo.
- Los reyes: para gobernar al pueblo, respetando y haciendo respetar la autoridad de Dios en su reino.

Jesús, el Mesías y el Cristo, reúne en su persona estos tres oficios de profeta, sacerdote y rey. Es el ungido para ejercer esas tres tareas y lo reconocemos como el enviado de Dios por excelencia. Pero las actividades de profetas, sacerdotes y reyes en los días del Antiguo Testamento son asumidas y superadas por Jesús en su ministerio, quien no se limitó tan solo a ampliar o a ejercer de mejor manera lo que sus antecesores habían hecho sino que inauguró un nuevo modo de relación entre Dios y nosotros.

Jesús como profeta

Cuando Jesús fue a la sinagoga de Nazaret le dieron el rollo de las Escrituras, lo abrió y leyó el texto de Isaías 61:1-2:

“El Espíritu del Señor está sobre mí,
 Por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres;
 Me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón;
 a pregonar libertad a los cautivos y vista a los ciegos;
 a poner en libertad a los oprimidos;
 a predicar el año agradable del Señor.”

Luego dijo: “hoy se ha cumplido esta escritura delante de vosotros” (Lc. 4:16-21). De esta manera Jesús se ubicó en la línea de los grandes profetas de Israel que denunciaron las injusticias de su tiempo y pusieron en evidencia la hipocresía de quienes ostentaban rectitud litúrgica y religiosa pero oprimían a sus prójimos. A la vez, como dice el texto de

Isaías, se anuncia un nuevo tiempo en que los pobres y oprimidos serán rescatados del olvido y quienes sufren angustia o dolor serán consolados.

En tiempos de Jesús había muchas expectativas sobre el mesías que había de venir o el profeta que Dios enviaría. Sin embargo, Jesús como mesías y profeta superó todas las expectativas del pasado. Del aspecto profético de su ministerio debemos señalar:

- En Jesús se cumplen las profecías sobre el mesías y salvador (Mt. 1:22-23).
- Como profeta, habla en nombre de Dios y anuncia su voluntad de paz y justicia para todos.
- Confirma los mandamientos del Antiguo Testamento, pero los reordena al colocar como primer mandamiento la ley del amor a Dios y como segundo el amor al prójimo (Mt. 22:35-40).
- Nos confronta con la demanda divina de una obediencia total, sin reservas (Mt. 6:24).
- Nos invita a vivir la fe confiados en que el Señor proveerá a nuestras necesidades (Mt. 6:33).

Jesús como sacerdote

En su función sacerdotal Jesús se ubica entre Dios y los seres humanos para obrar de puente y reconciliarnos de la ruptura ocasionada por el pecado. Los sacerdotes eran aquellos que administraban los ritos y sacrificios en beneficio del pueblo. Esta tarea la hacían a veces con dignidad y otras con poca seriedad. Jesús es el sacerdote fiel, el que obra su oficio con humildad pero con firmeza. Dos elementos caracterizaban la tarea del sacerdote, y en Cristo están presentes:

La reconciliación. El sacerdote reconciliaba a la persona con Dios. Ahora Cristo oficia de sacerdote y nos conduce a volver a tener una buena relación con nuestro creador. Si nos hemos apartado de Dios, en Cristo encontramos el camino de reencuentro con él. (2 Co. 5:17-20; Ro. 5:10,11). Reconciliarnos con él nos conduce a ponernos en paz con nuestro prójimo (Ef. 2:13-18).

La redención. Una de las tareas de los sacerdotes era la de ofrecer la redención de Dios a las personas. Desde la llegada de Jesús, esta función sacerdotal es asumida por él mismo. El ser humano que ha caído en el pecado es redimido y vuelto a la vida por la acción de Cristo (Mr. 10:45; 1 Pe. 1:18, 19; Ef. 1:7).

En Cristo a estas dos tareas se le agrega que:

Cristo se ofrece en sacrificio por nosotros. La carta a los Hebreos presenta a Jesucristo como el sacerdote que ofrece el sacrificio perfecto por los pecados de la humanidad. Ese sacrificio consiste en su propia persona, su propia vida, ofrecida en la cruz (He. 7:26, 27; 9: 24-26).

Cristo es el nuevo Pacto. El antiguo pacto entre Dios y los hombres se prolonga y perfecciona en el nuevo pacto que inaugura Jesús. En esta nueva relación, no solamente

recibimos la seguridad del perdón divino, sino una invitación a la misión de anunciar el evangelio a toda persona (Jer. 31:31-34; Mt. 26: 26-28; He. 8:6, 10-12).

Al considerar el sacrificio de Cristo por nuestra salvación, debemos tener claridad sobre los siguientes puntos:

- La muerte de Cristo es la culminación de su vida de amor y santidad. En ella se muestra obediencia a la voluntad del Padre (Mr. 14:36; Fil. 2:8). En su vida practicó un amor sin límites para con las personas; su muerte fue la expresión cabal de ese amor (Jn. 15:12-13).
- El sacrificio de Cristo no busca aplacar la ira de Dios, como se entendían los antiguos sacrificios en el templo. En Jesús su sacrificio expresa el amor y la voluntad de acercarnos a él (Jn. 3:16; Ro. 5:8; 1 Jn. 4:9-10).
- Muerte y resurrección son dos momentos de una misma realidad. Separada de la resurrección, la crucifixión sería la muerte de un mártir que se da por un ideal. La afirmación de la vida en la resurrección confirma la cruz como el instrumento de la redención divina (1 Co. 15:1-4; Ro. 4:25) y nos anuncia que Jesucristo vive para siempre (He. 7:25; 1 Jn. 2:1). Sin el dolor de la muerte la resurrección nos haría olvidar el costo de ser discípulos de Cristo.

Jesús como Rey

En la antigüedad, los reyes eran las personas de mayor poder. De allí que se utilizara esta figura para expresar que Jesús asumía la función de gobernar y dirigir la vida de los creyentes. En sus palabras anunciaba la inminente llegada del Reino de Dios, el lugar donde el que reina es Dios y no nosotros mismos (Mt. 6:10). Al pensar en Jesús como quien gobierna nuestras vidas tengamos en cuenta:

- Jesús anunció el Reino de Dios e invitó a todos a entrar en él (Mr. 1:15; Mt. 10:7).
- Jesús reveló que en su persona el Reino se hacía presente entre nosotros de una manera nueva; y que los frutos de ese Reino ya empezaban a mostrarse en la vida de los creyentes (Lc. 17:20, 21; Mr. 1: 27; Lc. 11:20).
- En sus enseñanzas, Jesús describe a los ciudadanos del Reino (sobre todo en las bienaventuranzas, Mt. 5:1-12) y nos da un retrato del estilo de vida que los debe caracterizar (Mt. 5-7).
- Prometió hacer partícipes del Reino a sus discípulos (Lc. 12:32, 22-29; Mt. 25:34).
- Cristo hace partícipes de este Reino a todos aquellos que creen en él; les pone en libertad para servir a Dios con alegría y avanzar hacia una vida orientada a la de su Señor (Ro. 6:17, 18, 22; 8:1, 2, 35-39; 1 Jn. 5: 4-5).

Finalmente, es necesario decir que la obra de Jesús no puede resumirse en algunas páginas. La lectura de las Escrituras es una tarea que lleva toda la vida, porque cuando creemos que ya lo sabemos todo –si es que alguna vez llegamos a creer eso– descubrimos que aquella página que hemos leído muchas veces nos revela un nuevo mensaje y un nuevo desafío para la vida. Estar abiertos a ese soplo del Espíritu nos hará crecer en la fe y en testimonio.

Preguntas para el estudio

¿Qué significan la palabra Cristo y la palabra Mesías?

¿Por qué decimos que Jesús obró como un profeta, un sacerdote y un rey?

¿Qué distingue cada una de esas funciones?

¿Por qué afirmamos que Jesús fue todo eso pero superó esas funciones?

9. La salvación

El término “salvación” tiene en la Biblia un significado amplio. Básicamente, significa “liberación” y puede referirse al rescate de cualquier clase de peligro que ponga en riesgo la vida de la persona o que la deteriore. Originalmente significaba la victoria en el campo de batalla por la cual un pueblo se liberaba de la opresión de sus enemigos (Ex. 14:13; Jue. 6:14; 1 S. 9:16). Luego, pasó a significar la liberación de la opresión social, de la pobreza, de una enfermedad (Lc. 8:48; Mr. 10:52) o de la muerte física (Mt. 14:30; He. 5:7). Salvarse es rescatar la vida amenazada por condiciones sociales o personales.

En el Antiguo Testamento se reconoce que Dios es el Salvador por excelencia, el gran libertador de los suyos. De él viene nuestra salvación en todas sus dimensiones (Sal. 3:8; 37:39; 68:20). Dios se manifestó como Salvador de su pueblo en dos grandes acontecimientos históricos que sirven de ejemplo para tantos otros: la liberación de Israel de la esclavitud en Egipto en los tiempos de Moisés (Ex. 14:30) y la liberación del cautiverio de Babilonia (Is. 52:7-10).

Si bien el pueblo de Israel confiaba en el Señor para que lo librara de toda clase de males y peligros, el pueblo fue guiado a percibir que su necesidad primordial era la liberación del pecado y sus consecuencias (Sal. 130:8). El peor enemigo del ser humano es él mismo. Su adversario más peligroso es el pecado que ha llegado a formar parte de su propia vida. Por eso el anuncio del nacimiento de Jesús lo dice claramente: “Llamarás su nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mt. 1:21). Notemos que el nombre “Jesús” es de origen hebreo (en hebreo es Josué) y significa “salvador”.

Dios desea nuestra salvación

Dios desea nuestra salvación y para eso ha enviado a su hijo Jesucristo. Esto se expresa en muchos textos bíblicos: “Dios envió a su Hijo al mundo... para que el mundo sea salvo por él” (Jn. 3:17); “palabra fiel y digna de ser recibida de todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores” (1 Ti. 1:15); “El Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido” (Lc. 19:10).

Por su muerte en la cruz, Cristo hizo posible nuestra salvación. Se ha señalado que Dios quiere la conversión del pecador y no su muerte, de allí que somos llamados a revisar nuestra vida y colocarla en sintonía con el mensaje de Dios. Al hacerlo así vemos que él nos reconcilia y pone en evidencia cómo el pecado deteriora la vida humana y conduce a la ruptura de la relación con Dios y con el prójimo. La salvación es reencontrarnos con Dios y con el prójimo.

¿Cómo podemos recibir esta gracia?

Cada uno de nosotros tiene que hacer suya la pregunta del carcelero de Pablo en Filipos: “¿Qué debo hacer para ser salvo?” (Hch. 16:30). A esa pregunta, la Escritura responde en estos términos:

- Debemos reconocer que somos pecadores delante de Dios y que necesitamos de su ayuda para superar nuestros errores.
- Arrepentirnos (Lc. 13:10; Hch. 2:38; 17:30; 26:20). En el Nuevo Testamento significa un cambio de mentalidad que da como resultado un cambio de conducta. Pero no solamente se trata de apartarse del pecado sino de volverse hacia Dios y hacerlo el centro de nuestra existencia (Is. 55:6-7; Hch. 26:20; véase el ejemplo en Lc. 15:18).
- Debemos creer en Jesucristo (Hch. 16:31) como Señor y salvador personal. La prédica de la Iglesia de los primeros tiempos fue: “el arrepentimiento para con Dios, y... la fe en nuestro Señor Jesucristo” (Hch. 20:21; véase Mr. 1:15). No se trata de una creencia intelectual sino de una actitud que va hasta el centro de nuestra personalidad; es asunto del corazón (Ro. 10:9-10). Creer en Jesucristo es contar con él y no con nosotros mismos para establecer nuestra relación con Dios. Es *recibirlo* en nuestro corazón (Jn. 1:12; Ap. 3:20). Por esta fe recibimos la vida eterna que Dios ofrece por medio de Cristo; somos liberados del juicio y de la condenación (Jn. 3:18).

Camino equivocados

Notemos que la Biblia desaprueba caminos muy comunes por los cuales los seres humanos procuran lograr su propia salvación:

El camino de las buenas acciones. La Escritura repetidamente declara: “por las obras de la ley ningún ser humano será justificado [aceptado como justo] delante de Dios” (Ro. 3:20; véase Ga. 2:16; 3:11; Sal. 143:2; Is. 64:6). Las buenas acciones no deben entenderse como un pago para adquirir la salvación. Sin embargo, las buenas obras o “obras de amor” como las llamaba Wesley, deben ser la *necesaria* respuesta a la gracia recibida por Dios que se vuelca en acciones de amor hacia nuestro prójimo.

El camino de cumplir con códigos o reglamentos. La salvación viene únicamente como regalo de la gracia de Dios y no como pago por la observancia de leyes religiosas. Y este regalo precioso debe ser recibido por la fe (Ef. 2:8-9; Ro. 3:21-25). Como todo regalo se ofrece gratuitamente y no se espera nada como devolución. La persona en gratitud por el regalo de Dios es movida a obrar el bien y a hacer justicia.

El camino de las ceremonias religiosas. El hombre no puede lograr su salvación por un uso automático del bautismo y la cena del Señor, los sacramentos instituidos por Cristo y reconocidos por la Iglesia. Tanto el bautismo como la cena del Señor son medios de gracia y ayudas para la vida de fe, pero debemos guardarnos contra todo uso supersticioso de ellos. En sí mismos, nada producen si no están acompañados por la fe. Pablo pronunció palabras con respecto al rito máximo de su pueblo que bien pueden ser

aplicadas a todo rito: “En Cristo ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino la fe que obra por el amor” (Ga. 5:6; ver Ga. 6:15).

El camino de la Iglesia como institución. Bíblicamente la Iglesia es la comunidad de aquellos que han aceptado la fe en Cristo. Esta hermandad se expresa en la imagen de que la Iglesia es “el cuerpo de Cristo” (1 Co. 12:12-13) y en otros textos se la reconoce como “el pueblo de Dios”. Pero este cuerpo no puede obrar independientemente de la fe de cada creyente y no tiene la facultad de salvar por sí misma. El único que rescata la vida de las personas es Cristo (Hch. 7:26-28; 1 Ti. 2:5).

Los resultados de la salvación

Al recibir por la fe la certeza de la salvación cambian las relaciones de nuestra vida en sus distintos ámbitos:

En nuestra relación con Dios. Reconocemos su acción en nuestra vida y sabemos que somos deudores de lo mucho que él hace por nosotros. La fe nos permite ver en Dios un salvador, un amigo fiel y una luz en la oscuridad. Tal es la experiencia de la justificación por la fe: “Justificados, pues, por la fe tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Ro. 5:1).

En nuestra relación con nuestro prójimo. Ya no consideramos a otros seres humanos de acuerdo con nuestro egoísmo y mezquindad (2 Co. 5:16) sino que miramos a cada persona como a un hermano o hermana. Cuando a otro le sucede algo bueno o malo nos sentimos involucrados en su alegría o tristeza, sentimos que es como si nos estuviera pasando a nosotros mismos.

En nuestra relación con las cosas materiales. Entre los primeros cristianos, “ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía” (Hch. 4:32); se reconocía que todo pertenecía a Dios (Sal. 24:1) para ser usado solidariamente con nuestros hermanos (1 Jn. 3:16-18). Una persona que ha recibido la salvación en Cristo no se inclinará a la avaricia (Col. 3:5) ni será un depredador de los recursos naturales, ni vivirá pendiente de las riquezas grandes o pequeñas que pueda acumular, sino que procurará ser un buen administrador de las bendiciones materiales recibidas.

En nuestra relación con la vida y la muerte. El creyente sabe por la fe que Cristo ha vencido la muerte y que con su resurrección quedó certificada su vocación de salvarnos y rescatar nuestra vida (He. 2:15; 1 Co. 15:54-57). No siendo la muerte un abismo al que temer nos permite vivir la vida intensamente y ponerla al servicio del prójimo y del Señor.

Preguntas para el estudio

¿Qué significa la salvación en la Biblia?

- ¿Cuál es la voluntad de Dios respecto a nuestra salvación?
- ¿Cuál es el camino hacia la salvación?
- ¿Cuáles son las consecuencias de la salvación que ofrece el Señor?

10. El Espíritu Santo

El Espíritu Santo en la experiencia del pueblo de Dios

El pueblo de Israel tiene la experiencia del Espíritu Santo. En tiempos del Antiguo Testamento se reconocía la actividad del Espíritu de Dios en la creación (Gen 1:2); en personas escogidas por Dios para dirigir al pueblo (Jue. 3:10, 6:34); en la sabiduría y discernimiento dado a algunos (Ex. 31:3-6, Is. 11:2, Pr. 1:23); y en la inspiración de los profetas, los predicadores que anunciaban el mensaje de Dios para su pueblo (Is. 61:1, Miq. 3:8).

Se anhelaba el día en que todos los miembros de la nación fueran profetas, capacitados por la posesión del Espíritu para interpretar la voluntad divina (Nm. 11:29). Tomaban aliento en la profecía de Joel sobre el tiempo en que Dios derramaría su Espíritu sobre todo su pueblo (Jl. 2:28). Le tocó a Juan el Bautista, el precursor de Jesús, anunciar que los tiempos se cumplían y que pronto vendría el Mesías que bautizaría con el Espíritu Santo a los que acudieran a su mensaje (Mr. 1:8).

Jesús tenía conciencia de estar obrando en todo momento por el poder del Espíritu y bajo su dirección (Mt. 12:28, Lc. 3:22; 4:1; 14; 18, Hch. 10:38). Antes de su muerte habló a sus discípulos de la venida del Espíritu: Jesús ya no iba a estar con ellos físicamente pero les enviaría su Espíritu para que los acompañe en la misión. Leamos con cuidado Juan 14: 15-17; 25-26; 16:6-14. La presencia del Espíritu mantendría viva en ellos el recuerdo de Cristo, seguiría guiándolos y enseñándoles hasta conducirlos a la verdad plena. Antes de su ascensión mandó a sus discípulos que esperasen en Jerusalén hasta recibir el Espíritu prometido (Lc. 24:49, Hch. 1:4-8).

En el Día de Pentecostés, diez días después de la Ascensión, los discípulos recibieron el cumplimiento de la promesa. Estaban reunidos y de repente “fueron todos llenos del Espíritu Santo” (Hch. 2:4). La venida del Espíritu fue acompañada por señales de un poder particular que se manifestaba en el hecho de que cada uno anunciaba el evangelio en la lengua de quienes los estaban observando. Fue un milagro de comunicación, donde el Espíritu rompía las barreras de las lenguas para permitir que su mensaje fuera transmitido de manera que lo entendieran quienes estaban allí (Hch. 2:2-4). La venida del Espíritu sobre todo el grupo de discípulos fue reconocida como el cumplimiento de la profecía de Joel 2,28-32: El Espíritu Santo se derramaba sobre todos (Hch. 2:16s.) y por esa razón aquel día puede considerarse el del nacimiento de la Iglesia cristiana (Hch. 2:37-41).

El libro denominado “Hechos de los Apóstoles” podría ser llamado también “de los Hechos del Espíritu Santo”. A través de todo el libro se ve la actividad del Espíritu, como un maravilloso poder, obrando en las vidas de los discípulos. El Espíritu da fuerza para testificar a Cristo (4:8; 31; 5:32; 6:10); guía y dirige la actividad (8:29; 13:2-4; 16:6-7) y las decisiones (Hch. 15:28-19); concede la realización de milagros (3:6; 8:6-7; 13:9-11) y fortalece a los creyentes en tiempo de persecución y prueba (7:55s.; 13:52). El Espíritu hace efectivo en la vida de los creyentes el mismo poder sobrenatural divino que se manifestó en el Cristo crucificado y resucitado (cp. Ro. 1:4; 3:18, Ef. 1:19-20). Desde ese momento se lo llama “el Espíritu de Dios” o “el Espíritu de Cristo” (Ro. 8:9); la presencia de este Espíritu en la vida es privilegio de cada creyente que ha sido “adoptado”, recibido nuevamente en la familia de Dios (Ga. 4:4-6). El Espíritu Santo ha venido a ser huésped permanente y habita siempre en medio de la Iglesia y particularmente en la vida de cada creyente (Jn. 14:16-17; 1 Co. 6:19).

La obra del Espíritu Santo

El Espíritu Santo obra de la siguiente manera:

- El Espíritu Santo guía a la Iglesia cristiana en su misión en el mundo. Por su obra todos somos constituidos como parte de su pueblo (2 Co. 13:13; 1 Co. 12:11-12).
- Engendra en nosotros la vida cristiana (Jn. 3:5-6; Tit. 3:5-7; 1 Co. 6:9-11); “Nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo” (1 Co. 12:3).
- Nos ilumina en la lectura de la palabra, tanto personal como en la Iglesia (1 Co. 2:9-16).
- Nos dirige en nuestros actos y decisiones (Ro. 8:14). En Gálatas 5:18, Pablo hace la asombrosa declaración: “Si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley”. Es decir, la vida del cristiano no consiste en una rigurosa obediencia a una serie de reglas y leyes, sino que es una vida en libertad, en la cual buscamos la dirección constante del Espíritu de Dios (ver también 2 Co. 3:6).
- El Espíritu nos estimula y nos ayuda en la vida de oración (Ro. 8:26-27, Ef. 6:18).
- El Espíritu nos capacita para testificar a favor de Jesucristo y hace que nuestro testimonio sea recibido por las demás personas (Jn 15:26, Hch. 1:8; 4:31; 33; 5:32; 6:10).
- El Espíritu obra en nuestras vidas para hacernos más semejantes a Cristo, y nos ayuda a vivir el evangelio de una manera comprometida con Dios y con el prójimo (1 Ts. 4:3; 7).

Las Escrituras describen un conflicto entre la vida en el Espíritu y la vida en “la carne”, expresión que en el Nuevo Testamento significa lo percedero, lo que no tiene futuro. Se llama de esa manera a nuestra naturaleza humana egoísta, movilizada en contra de la voluntad de Dios. Para que podamos acercarnos a Cristo es necesario vencer nuestro egoísmo. Dado que nuestras fuerzas no son suficientes para superar ese problema que hay en nuestro interior, el Espíritu Santo viene a nosotros y nos ayuda a superar lo que nos aleja de Dios (Ro. 8:1-13).

Los dones o manifestaciones del Espíritu

Según el Nuevo Testamento el Espíritu concede dones espirituales a los creyentes y los faculta para realizar diversas tareas dentro de la obra de la Iglesia (1 Co. 12:4-11, cp. Ro. 12:6-8). En la lista de Romanos se detallan los dones de:

- Profecía
- Servicio
- Enseñanza
- Exhortación
- Repartir las ofrendas
- Presidir la Iglesia

En Corintios se agregan otras manifestaciones, como hablar en lenguas, la palabra de sabiduría y de ciencia, etc. El apóstol Pablo no niega la validez de ninguna de estas manifestaciones del Espíritu –ni siquiera el hablar en lenguas–, pero insiste en que el creyente debe “procurar los mejores dones” (1 Co. 12:31). Por ejemplo, la profecía es la predicación inspirada que sirve para “edificación, exhortación y consolación” (1 Co. 14:3) es considerada superior a otras manifestaciones del Espíritu (1 Co. 14:4-5; 19). En la adoración debe prevalecer la espontaneidad de expresión espiritual pero también la inteligencia y el decoro (14:15). Además, los dones deben ser empleados para la edificación de toda la iglesia (14:12) y nunca como motivo de vanagloria para uno mismo (1 Co. 12:7).

El apóstol establece ciertas restricciones para el ejercicio del “don de lenguas” a fin de que en el culto todo se haga “decentemente y en orden” (14:27). Por sobre todo, Pablo exhorta a los creyentes a buscar “un camino más excelente” (12:31) para luego hablar del amor como el fruto superior a todos. Los frutos del Espíritu que más se deben anhelar son los frutos éticos que deben estar presentes en todo creyente. De ellos, el amor es señalado como “el don supremo y más inclusivo del Espíritu”. Es muy significativo que el llamado “Himno al amor” del apóstol Pablo en 1ª Corintios 13 aparece justamente en el medio de esta larga sección sobre los dones del Espíritu (capítulos 12 a 14).

El deber del creyente con relación a la obra del Espíritu

Un error muy común en la Iglesia es creer que el Espíritu no obra hoy en día. Sin embargo cuando miramos atentamente podemos descubrir las muchas cosas que el Señor hace alrededor nuestro. Por eso señalamos que el creyente debe:

- Estar atento a lo que el Espíritu hace en medio nuestro (familia, iglesia, país).
- Estar dispuesto a poner nuestros dones a su servicio.
- Ser lleno del Espíritu, entusiasmándonos con las cosas de Dios (Ef. 5:18).

En una palabra, el creyente debe dejarse llevar por la influencia del Espíritu divino para que nos conduzca a una mejor relación de amor con Dios y con el prójimo.

Preguntas para el estudio

Comparemos Génesis 11, 1-9 con el relato de Pentecostés (Hechos 2,1-13) ¿Qué relación encontramos?

¿Qué queremos decir cuando afirmamos que los dones son fruto del Espíritu?

¿Cómo entendemos la obra del Espíritu?

¿Qué relación encontramos entre la obra del Espíritu y la comunidad cristiana?

11. La vida cristiana I

Nacer y crecer

La Reforma del siglo dieciséis enfatizó la necesidad de reformar la doctrina y la liturgia de la Iglesia. Martín Lutero y Juan Calvino habían rescatado la doctrina de San Pablo acerca de la gracia de Dios, que nos justifica por medio de la fe. Wesley se convenció de esta enseñanza durante sus encuentros con los moravos, y por su propia experiencia, y por la transformación de la vida de las personas a las cuales Wesley había predicado en las cárceles y en el campo. Wesley insistió a lo largo de su ministerio en que el fundamento de todo es la doctrina de la salvación por la fe a través de la gracia.

Pero ¿qué significa esta fe que es respuesta al amor gratuito de Dios? Significa que es una fe que no cree en doctrinas. Wesley insistía en sus sermones diciendo “incluso el Diablo cree que Dios es Dios y que Jesús es su unigénito hijo”. Las creencias no pueden ubicarse en el lugar de la fe que nos salva. Tampoco la fe significa ser parte de la iglesia, asistir a sus cultos y a sus actividades. ¿Que es entonces la fe? Si recordamos que la gracia tiene su base en el amor de Dios, podemos entender que la respuesta a ese amor es la fe que obra por amor. La fe como fidelidad, fidelidad al amor que ha sido derramado en nuestros corazones. Una fe que no tiene en cuenta el amor a Dios ni el amor al prójimo no es fe que corresponda a la gracia de Dios.

Precisamente por ese motivo Wesley tuvo problemas con los cristianos que hablaban mucho acerca de la fe, pero que no entendían nada de la importancia de la transformación de la vida. Podemos decir que ellos hablaban mucho de la justificación, también de la conversión, pero no sabían nada de la santificación. El problema era conversión sin transformación; o sea, fe sin obras.

¿Por que esto es un problema? Precisamente porque de esta manera no puede existir evidencia de la transformación del mundo. Wesley tomó muy en serio la objeción que los musulmanes le hacían al cristianismo, ellos decían que los cristianos se portaban como diablos. *¿Cómo será posible pues creer en su mensaje si la evidencia concreta muestra la falsedad de sus predicaciones?* Hablan del amor de Dios pero matan a sus enemigos; hablan de la gracia de Dios pero tratan a los demás sin misericordia, hablan del perdón pero son implacables. El problema es predicar una justificación, que no produce justicia. De esta manera la gracia de Dios no parece ser eficaz, no tiene resultados concretos.

La nueva vida en Cristo

Wesley explicaba la obra de Dios con respecto a nuestra salvación, haciendo una distinción entre *justificación* y *regeneración*. La justificación puede ser entendida como la acción de Dios por medio de Jesucristo, dirigida a nosotros. El amor divino que llega a ser eficaz para nosotros. La regeneración, en cambio, es la acción de Dios *dentro* de nosotros. Es el comienzo de la vida nueva fundada en ese mismo amor. Por lo tanto, el amor de Dios no es meramente lo que Dios hace *por* nosotros sino lo que Dios hace *en* nosotros por medio del Espíritu Santo. Ese es el comienzo de la renovación de la imagen de Dios en nosotros. Es la nueva vida en Cristo.

La acción redentora de Dios tiene como fin renovar la creación. Y el ser humano fue creado a imagen y semejanza de Dios. Es el reflejo de Dios en el mundo. Este fue el propósito de Dios en la creación del ser humano. Pero hemos perdido nuestra semejanza a Dios por causa del pecado. En vez de ser reflejos del amor divino fuimos reflejos de enemistad, de auto-preocupación, de egoísmo, de odio y de violencia. En lugar de ser siervos fieles del autor de la vida, hemos llegado a ser siervos de la muerte. Por lo tanto, lo que Dios está haciendo es convocar al ser humano a su vocación de representar nuevamente el amor de Dios. La nueva vida en Cristo es regeneración, es el comienzo de nuestra renovación para que seamos realmente imagen de Dios.

La dificultad de hablar acerca del renacimiento, de nacer de nuevo, o “nacer desde arriba”, es que muchas veces olvidamos lo más obvio: que después de nacer, hay que crecer. Aun en la vida natural, sabemos que los recién nacidos son susceptibles de muchas enfermedades y son muy vulnerables a los peligros del mundo. Todavía tienen que aprender a caminar, a hablar, a aceptar responsabilidades. Nacer es nada más que el comienzo. Y esto también vale para el nuevo nacimiento por el Espíritu de Dios. Después del renacimiento o la conversión todavía hay peligros espirituales, por falta de la nutrición adecuada podemos perder la fuerza de la vida y caer en enfermedades; incluso es posible morir espiritualmente. Lo importante es que sigamos viviendo y que sigamos creciendo para ser maduros en la fe, y llegar más plenamente a ser la imagen y la semejanza de Dios. En las palabras de Efesios tenemos esta vocación:

“A fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo: Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, aun varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo para que [...] siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es Cristo, de quien todo el cuerpo bien concertado y unido entre sí todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor.” (Ef. 4:12-13, 15-16).

La santificación

Para referirnos a la obra salvadora de Dios debemos hablar de la justificación y la regeneración, y también de la santificación. La santificación es precisamente este proceso de crecer en la fe, de llegar a ser lo que el apóstol llama “un varón perfecto” que crece “edificándose en amor”.

La nueva vida en Cristo, por lo tanto, es la oportunidad que tiene el cristiano, una vez justificado (convertido, nacido de nuevo), de crecer en fidelidad como respuesta al amor de Dios.

¿Cómo podemos crecer de tal manera que podamos llegar a ser imágenes fieles del amor de Dios? Es muy importante recordar que la fuerza, el alimento, para nuestro crecimiento (o sea del proceso de santificación) es la misma gracia de Dios que nos ha justificado. No lo alcanzamos por nuestros propios esfuerzos ni es posible merecer el amor divino por nuestras obras. No es que Dios nos ama porque crecemos en santidad, sino por el contrario, podemos crecer en santidad porque Dios nos ama.

El amor de Dios está en la base y es el causante de nuestro crecimiento y santificación. La prioridad de la gracia de Dios sigue siendo esencial, y la fe es la manera que tenemos para responder a la gracia y al amor de Dios. De aquí que la base de la santificación es la misma base que tienen la justificación y la regeneración: la gracia de Dios que despierta la fe como respuesta a ese amor.

Así como la gracia de Dios es lo que posibilita nuestra santificación, el fin de este proceso de santificación es la *perfección en el amor*. En varios de sus sermones, Wesley enfatiza la importancia de tener como meta la transformación total del ser humano. Por la gracia de Dios somos llamados a ser “perfectos como su Padre en los cielos es perfecto”. La perfección indicada aquí es la perfección en el amor. No es algo que sobrepasa la humanidad, no es llegar a ser un dios; es llegar a ser tan lleno de amor que no haya nada dentro de nosotros que impida mostrar la luz divina de ese amor. Este es el destino del ser humano como reflejo y semejanza de Dios.

Esto es lo que quiere decir la *santificación total* o sea *la perfección en el amor*. No debemos conformarnos con menos. Esa debe ser la meta de nuestro crecimiento en la fe por la gracia de Dios.

Preguntas para el estudio

- ¿Qué podemos decir de la crítica de los musulmanes al Cristianismo a la que Wesley hace referencia?
- ¿Qué no es y qué es la fe?
- ¿De qué manera debe demostrar el cristiano su nueva vida?
- ¿Cómo podemos definir el proceso de santificación?

12. La vida cristiana II

La transformación del corazón

El nuevo nacimiento a través del Espíritu Santo es el comienzo de la vida transformada por la gracia de Dios; pero si vivimos en el Espíritu, dice el apóstol Pablo, debemos caminar por el Espíritu. San Pablo nos ayuda a entender qué quiere decir realmente ser transformados por el Espíritu. En la carta a los Gálatas habla de los frutos del Espíritu que debe mostrar la vida de los cristianos: “Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley. Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos. Si vivimos por el Espíritu, andemos por el Espíritu” (Ga. 5:22-25). Si vivimos en el Espíritu, es necesario que andemos por el mismo Espíritu. Y esto significa que nuestra vida se caracteriza por el amor y no por el egoísmo, por la alegría y no por la ansiedad, por la paz y no por la violencia, por la paciencia con los demás y no por el rencor, la bondad en lugar del resentimiento, la templanza en lugar de la cólera.

La relación con el prójimo

Hemos empezado con la transformación del corazón que implica la transformación de las actitudes y los sentimientos. Pero esta transformación tiene que producir frutos visibles si es que queremos demostrar una gracia santificadora eficaz. Una esfera clave para ver los frutos de esta transformación del corazón está vinculada con nuestras relaciones con los demás, especialmente con las personas más cercanas: familiares, amigos, hermanos y hermanas en la comunidad de fe. Si andamos por el Espíritu, dejaremos de guardar rencor y resentimiento y empezaremos a perdonar a los demás.

El egoísmo nos conduce a guardar rencor y resentimiento. El corazón es muy listo para juzgar y muy lento para perdonar. Por lo tanto, Jesús dice: “No juzguéis, para ser no juzgados. Porque con el juicio que juzgáis, seréis juzgados” (Mt. 7:1-2). Luego, Pablo dirigiéndose a la comunidad de la fe, dice: “Así que, ya no nos juzguemos más los unos a los otros” (Ro. 14:13).

Cuando Pedro quiere saber cuantas veces tiene que perdonar a otra persona, ¿qué le dice Jesús?: “No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete” (Mt. 18:22). La enseñanza de Jesús parece rara, algo extrema; pero si pensamos bien, no es nada raro. Siempre decimos: “Dios perdona los pecados”. Siempre celebramos la bondad de Dios cuyo perdón sobrepasa nuestra necesidad. ¿Cómo queremos que Dios nos perdone? ¿De vez en cuando nada más? La palabra que anunciamos dice que hay plenitud de perdón por medio de Jesucristo. Debemos tratar a los otros con la misma bondad con que Dios

nos trata a nosotros. La voluntad de Dios se evidencia en la forma en que nos perdonamos los unos a los otros.

La relación con las personas

La prohibición de la murmuración y el hablar mal del prójimo es una de las reglas más enfatizadas por Juan Wesley en sus comunidades. Wesley decía: “Prácticamente no existe aspecto negativo de nuestra personalidad que no sienta satisfacción criticando a otros, por lo tanto, nos sentimos inclinados a hacerlo. Resulta muy halagador para nuestro orgullo enumerar aquellas faltas de otros de las cuales sentimos que estamos libres. Damos rienda suelta a nuestra ira, a nuestro resentimiento y a toda suerte de actitudes cuando hablamos mal de aquellos con quienes estamos disgustados. En muchas ocasiones, haciendo el listado de los pecados de nuestro prójimo, satisfacemos nuestras propias codicias necias y dañosas” (Obras III p. 207: “no difamen a nadie”). También dice a sus comunidades: “Si es que van a distinguirse de otras personas, lo quieran o no, procuran que la señal distintiva de un metodista sea esta: jamás hablan mal de alguien a sus espaldas, y por este fruto los conocerán” (p. 219). De hecho esto será la prueba que realmente hemos empezado a caminar en el camino del Espíritu hacia la santidad que es un reflejo fidedigno del amor divino. Para Wesley esta es la evidencia concreta de la eficacia del evangelio. El amor de Dios debe mostrarse claramente en la manera en la que los cristianos se tratan entre ellos.

La relación con los marginados: pecadores y pobres

Otro elemento de la santificación está vinculado con nuestras relaciones sociales. La pregunta otra vez debe ser: ¿cómo podemos ser representantes del amor divino en el mundo actual? Sin duda debemos mostrarnos solidarios con los pecadores y los pobres. Una clave para entender esto se encuentra en el ejemplo de Jesús comiendo con pecadores, tal como se relata en el evangelio de Marcos 2:15-17. Lo escandaloso en la práctica de Jesús era su solidaridad con los pecadores: Jesús se ubicaba a su lado, en sus casas, compartió sus comidas. De esta manera Jesús era compañero de ellos, partía el pan con ellos. Esta actitud era muy distinta a la de los fariseos que acusaban a los pecadores, los juzgaban y los condenaban. En cambio, Jesús se sentaba a su mesa, comía y bebía con ellos, compartía sus fiestas.

Si nosotros deseamos ser reflejos fidedignos del amor divino, es necesario que nos solidaricemos con los pecadores, los excluidos y los marginados. Una manera que tenían los hermanos Wesley era predicar fuera de los templos, en los campos, los mercados, las cárceles, en cualquier lugar donde fuera posible encontrar a las personas que nunca habían entrado ni podrían entrar en un templo. Tal vez para nosotros sea necesario buscar otras maneras de mostrar el amor de Dios.

Para que lleguemos a ser nuevamente “imagen y semejanza” de Dios es necesario acercarnos a él; también nuestro crecimiento cristiano implica una transformación en nuestra relación con Dios; además, ya sabemos que Dios nos mostró su amor en Jesucristo y que ese amor fue derramado en nuestros corazones. Por lo tanto, la vida que

vivimos es la vida de gratitud y amor a Dios; es decir que la vida entera es, o puede ser, una alabanza a Dios.

Nuestra manera de vivir con los demás es la manera de alabarlo, amarlo con corazón y alma, con mente y cuerpo. No podemos relacionarnos con él sin relacionarnos con los demás, puesto que Dios es amor y su amor está dirigido a todo ser humano. Por lo tanto, Pablo dice: “Ustedes, como hijos amados de Dios, procuren ser como él. Condúzcanse con amor, lo mismo que Cristo nos amó y se entregó para ser sacrificado por nosotros, como ofrenda y sacrificio de olor agradable a Dios” (Ef. 5:1-2).

Hemos mencionado solo algunas dimensiones de la nueva vida a través de las cuales podemos crecer en el amor, por medio de la gracia santificadora. Aun así, podemos ver que el desafío de llegar a ser imágenes fieles de Dios es algo intimidante. ¿Quién podría alcanzar este fin? Pero la cuestión esencial es: ¿estamos en el camino? ¿Quisiéramos avanzar en esta dirección para crecer día tras día hacia la santificación?

Si quieren realmente crecer de esta manera es importante escuchar las palabras del apóstol Pablo en Filipenses 3:12-14:

“No quiero decir que ya lo haya conseguido todo ni que ya sea perfecto; pero sigo adelante con la esperanza de alcanzarlo, puesto que Cristo Jesús me alcanzó primero. Hermanos, no digo que yo mismo ya lo haya alcanzado; lo que sí hago es olvidarme de lo que queda atrás y esforzarme por alcanzar lo que está delante, para llegar a la meta y ganar el premio que Dios nos llama a recibir por medio de Cristo Jesús.”

Preguntas para el estudio

- ¿Por qué la nueva vida en Cristo debe necesariamente ser vivida en relación a otros?
- ¿Qué podemos decir sobre el cristiano y los chismes?
- ¿Cómo entendemos nuestra propia acción hacia los más necesitados?

13. Los medios de gracia

La vida cristiana no está exenta de dificultades. Dado que jamás estamos exentos de pecado, los cristianos debemos entender la importancia del arrepentimiento y la continua necesidad de perdón de Dios. La gracia nos sustenta, capacita y nos nutre en el crecimiento en una vida en santidad.

Wesley descubrió varias maneras de cómo Dios provee su gracia santificadora. Encontró “rutas de acceso” a esa gracia, medios por los cuales Dios nos sustenta y nos capacita y los llamó “medios de gracia”. Los siguientes son los más importantes medios de gracia de la doctrina wesleyana.

La lectura y estudio de la Palabra

Este es el primero de los medios de gracia porque de él proviene todo lo que el cristiano cree y conoce de la revelación divina. Decimos que la Palabra de Dios es un medio de gracia y no la Biblia, destacando que lo que lleva la gracia al corazón del creyente es la Palabra inspirada y no la letra de la Escritura. Por lo tanto, la Biblia no es una especie de oráculo mágico cuyo uso faculta para conocer automáticamente la voluntad de Dios. Si la Biblia fuera todo, y la Palabra de Dios estuviera fijada en ella en un sentido mecánico y literal, no necesitaríamos de la comunidad cristiana para que nos ayude a interpretarla, ni tampoco necesitaríamos del Espíritu Santo para que con su testimonio nos guíe para conocer su verdad. Por ese motivo, debemos estudiar la Palabra de las siguientes formas:

- Con humildad y en espíritu de oración, especialmente cuando avanzamos en las técnicas de interpretación, para evitar “manipular” su contenido con soberbia.
- La Biblia es un testimonio humano inspirado por el Espíritu, la Biblia que debe ser estudiada teniendo en cuenta otras ciencias y otros conocimientos. Estos conocimientos, literarios, históricos, antropológicos, sociológicos, políticos, etc., si bien no pueden ocupar el lugar de la Palabra, son necesarios para permitir que esa Palabra nos llegue con mayor claridad y nos hable profundamente en nuestro presente. La inteligencia y la investigación nos deben ayudar a profundizar el entendimiento de la voluntad de Dios.
- El estudio personal de la Palabra es muy importante. A esa actividad la tradición wesleyana ha sumado su estudio comunitario. El estudio familiar, en grupos, siempre enriquece la interpretación y permite un diálogo que actualiza el mensaje.
- Debemos leer la Palabra teniendo en cuenta su mensaje total. Es menester estudiar los textos individuales a la luz del lugar que ocupan en el contexto general del mensaje de la Biblia.

La oración

Wesley creía que la oración es esencial a la fe. Es uno de los dones más importantes de Dios para mantenernos conectados con Aquel que nos ama y cuya gracia nos sostiene. Es el “gran medio de acercarnos a Dios”. El cristiano ejercita su amor a Dios “orando sin cesar” (1 Ts. 5:17). Por otra parte, la ausencia de oración, creía Wesley, es la principal causa de la sequía espiritual en la vida del cristiano.

La oración tiene varios aspectos:

- La *alabanza* es el reconocimiento de la grandeza y misericordia de Dios.
- La *acción de gracias* es en respuesta a las bendiciones recibidas.
- La *confesión* es el reconocimiento de los actos con que hemos ofendido a Dios o violado su voluntad.
- La *petición* presentamos a Dios nuestras necesidades.
- La *intercesión* presentamos a Dios las necesidades de otros.

Wesley estaba convencido de que cada uno puede componer sus propias oraciones espontáneas, pero también puede utilizar con provecho las oraciones que se encuentran en los manuales de culto y en la literatura devocional de la Iglesia. En la época de Wesley había quienes pensaban que las oraciones improvisadas constituían algo irregular e insensato. El problema en nuestro tiempo es exactamente el opuesto: hay muchos que piensan que en realidad no estamos orando si usamos las oraciones escritas, pero en la tradición wesleyana ambas expresiones son igualmente reconocidas y practicadas.

El ayuno

Juan Wesley veía en el ayuno una disciplina espiritual cuyo propósito no era reducir el consumo de calorías, sino intensificar la vida de santidad. Wesley estaba convencido de que el ayuno, era una práctica firmemente arraigada en la Biblia. La gente en tiempos del Antiguo Testamento ayunaba (Esd. 8:23) y así lo hicieron Jesús y sus discípulos (Mt. 4:2; Hch. 13:3), y Wesley no veía ninguna razón por la cual los cristianos contemporáneos no pudieran seguir ese mismo modelo. Al comienzo de su ministerio, Wesley ayunaba junto con otras personas los miércoles y los viernes, aunque más tarde parece haberlo hecho solamente los viernes.

La Cena del Señor

Es uno de los *medios de gracia*, y precisamente el más relevante de todos ellos para la vida comunitaria. Por ese motivo, la tradición wesleyana y la tradición protestante en general, han reconocido a la Cena del Señor como un sacramento, junto con el Bautismo. De manera que, por su importancia central en la vida de la comunidad cristiana, le dedicaremos un capítulo de este manual para profundizar su significado.

El culto público

El culto cristiano es ante todo una celebración, una celebración de la vida redimida y transformada por Jesucristo. Por lo tanto, el rasgo característico debe ser la alegría, la alabanza y el gozo de estar juntos “con alegría y sencillez de corazón” (Hch. 2:46). El centro del culto cristiano, así como en una elipse, debe ser doble, dos columnas centrales focalizan y estructuran la celebración: la Palabra de Dios, leída y proclamada, y la Cena del Señor, celebrada (como veremos en el capítulo correspondiente) cada vez que se celebre la Palabra.

Un culto propio del metodismo es el Servicio del Pacto que Wesley adoptó en 1755 como “una manera de incrementar la religión sincera”, se trata de una ocasión para que los creyentes sellemos “un pacto de servicio a Dios con todo nuestro corazón y con toda nuestra alma”. El Servicio del Pacto se ha usado comúnmente alrededor del Año Nuevo, pero también es apropiado para otras ocasiones.

Los grupos de encuentro, estudio y adoración

El crecimiento espiritual es personal pero no privado. La santidad de corazón y de vida no puede desarrollarse en aislamiento. No podemos ser cristianos en soledad. Por esa razón, Wesley creyó necesario organizar a su gente de una manera que les ayudara a madurar y a alimentarse mutuamente. Wesley se refirió a este medio como “conferencia cristiana”, pero a nosotros nos resulta más claro referirnos a ellos como grupos de koinonía, compañerismo y conversación cristiana. Desde el comienzo del movimiento metodista, Wesley formó grupos llamados *sociedades*, *clases* y *bandas* para la gente que Dios había cambiado mediante su predicación. Las sociedades eran grupos de hombres y mujeres que se juntaban semanalmente para orar, cantar, escuchar predicaciones y “velar mutuamente en amor”.

Debido a que Wesley reconocía como su iglesia a la Iglesia Anglicana, las sociedades metodistas se reunían en día de semana para no competir con los servicios regulares de las iglesias. Las clases eran subgrupos de las sociedades (doce miembros aproximadamente) que se reunían semanalmente y las dirigía un líder de clase (laico o laica dedicado). Eran reuniones más íntimas en las que se compartían los éxitos y fracasos en la búsqueda de la vida en santidad. Las bandas eran grupos más reducidos que las clases, formadas por cristianos considerados más maduros en la vida de fe. Todos estos grupos estaban diseminados por toda Inglaterra pero mantenían un vínculo, estaban “conectados” entre sí por su pertenencia al movimiento metodista, y sus lazos solidarios fueron uno de los factores primordiales del crecimiento del movimiento metodista. Hoy en día nuestras iglesias están comenzando a revalorar la eficacia y pertinencia de los pequeños grupos para la renovación comunitaria de nuestras iglesias.

Preguntas para el estudio

- ¿Por qué son necesarios estos medios de gracia?
- ¿Cómo nos vinculamos con cada uno de ellos?
- ¿Practicamos el ayuno? ¿Por qué?

¿Nos disponemos a recibir el culto público como un medio de gracia? ¿De qué manera?

14. Los sacramentos: El Bautismo

La tradición de la Iglesia Metodista reconoce en los sacramentos un signo y un medio de gracia.

Como signo es:

- Señal visible de una realidad que en esperanza anunciamos y vivimos.
- Anuncia que es posible una vida en comunión entre las personas.
- Se transforma en testimonio personal y comunitario del Evangelio.
- Irrumpe en la situación de injusticia y dificultad
- Proclama el mensaje de Cristo construido sobre el amor, la verdad y su justicia.

Como medio de gracia nos permite:

- Reconocernos como hijas e hijos de Dios
- Reafirmar nuestra pertenencia y unión con Él.
- Participar de la historia del pueblo de Dios
- Testificando de su amor y fidelidad en la comunidad que es su Iglesia.

El Artículo de fe 16 de la Iglesia Metodista dice con respecto a los sacramentos:

“Los sacramentos instituidos por Cristo no son solo señales o signos de la profesión de los cristianos, sino más bien testimonio seguros de la gracia y buena voluntad de Dios para con nosotros, por los cuales él obra en nosotros invisiblemente, y no solo aviva nuestra fe en él, sino que también la fortalece y confirma”.

El Bautismo

El Bautismo comenzó a practicarse luego de la muerte de Jesús. Tanto el libro de los Hechos de los Apóstoles como las epístolas del Nuevo Testamento hablan de su práctica y de su significado.

Los evangelios dicen que Jesús mismo no bautizó (Jn. 4:2), pero que él ordenó el bautismo después de su muerte y resurrección (Mt. 28:19; Mr. 16:16). El bautismo comienza a ser practicado por los apóstoles el mismo día de Pentecostés, luego de que Pedro le dice a la multitud “arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de de Jesucristo para perdón de los pecados...” (Hch. 2:38). El bautismo “en el nombre de Jesucristo” significa que Cristo es el fundamento del acto bautismal.

El artículo de fe 17 de la Iglesia Metodista dice acerca del bautismo:

“El Bautismo no es solamente signo de profesión y nota distintiva, por la cual se distinguen los cristianos de los no bautizados, sino también signo de la regeneración o renacimiento. El bautismo de los párvulos debe conservarse en la Iglesia”.

Una interpretación posible podría ser que el bautismo es un acto simbólico mediante el cual hacemos profesión pública de nuestra fe y que al mismo tiempo es el signo visible de nuestra admisión en la iglesia. Es decir, sería un mero rito de iniciación. Pero nuestro artículo de fe destaca también su valor sacramental: “signo de la regeneración o renacimiento”. Y esta interpretación sacramental se halla en las epístolas del Nuevo Testamento (ver: Ro. 6:3-4, Ef. 5:25-26, Co. 2:12, Tit. 3:5, 1 P. 3:21). Así, para los creyentes el bautismo es la marca de pertenencia al señor, de que somos propiedad suya. Es verdad que ha sido hecho mediante palabras y actos humanos, pero es un acto ordenado por Dios mismo; por medio de la comunidad de creyentes, al ser bautizados ha sido pronunciada sobre nosotros la declaración de que somos propiedad de Dios, que somos parte de las ovejas que “nadie puede arrebatar de su mano”.

La segunda frase del artículo de fe metodista sobre el bautismo es la que dice: “El bautismo de los párvulos debe conservarse en la Iglesia”. En este sentido Wesley fue muy claro y, continuando la tradición anglicana, sostiene esta práctica con cuatro argumentos:

- Si bien el Nuevo Testamento no menciona ningún bautismo de niños, cuando el Nuevo Testamento habla del bautismo de una “familia” (Hch. 16:32-33; 1 Co. 1:16), es muy probable que haya habido niños entre ellos; y que, por otra parte, estando los judíos acostumbrados a practicar la circuncisión a los ocho días de nacido el niño, como rito que establece el sello de pertenencia al pueblo de Dios, es muy probable que hayan dedicado ahora sus hijos a Dios mediante el bautismo.
- De todo el testimonio cristiano primitivo es muy razonable deducir que el bautismo de niños es una práctica muy antigua entre los cristianos.
- En el bautismo de párvulos la Iglesia da testimonio de que la gracia salvadora de Dios en Cristo es también para los niños y es anterior a toda obra, mérito o predisposición humana. La idea del bautismo de los niños de hogares cristianos es que esos niños son tan cristianos como puede serlo un niño pequeño, y que la influencia del hogar y de la Iglesia los coloca en un ámbito distinto y especial, que los ha de preparar hasta el día en que, conscientemente acepten y confirmen personalmente a Jesucristo como su Señor. Como aval de este argumento, está el testimonio de la Escritura cuando dice “Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidan... y poniendo sobre ellos las manos los bendecía”, este gesto era aceptado en la iglesia primitiva como el gesto que acompaña al bautismo.
- Si el bautismo de niños no se encuentra explícitamente indicado en la Biblia, nuestra Iglesia lo acepta porque no es una práctica que pudiéramos llamar “anti-bíblica” ni contraria al espíritu del Evangelio. La Iglesia debe expresar claramente que los padres del bautizado sean cristianos, o por lo menos uno de ellos, de modo que puedan hacer seria y formalmente la promesa de educar a sus hijos en la fe cristiana.

Por último dejemos que Wesley mismo puntualice su visión sobre el bautismo de niños:

“Si el bautismo exterior es necesario para la salvación, y los niños deben ser salvados así como los adultos, no podemos nosotros negarles ningún medio para salvarlos;
 si nuestro Señor les invita a venir, a ser traídos a él y declara: ‘De los tales es el Reino de los cielos’;
 si los niños son capaces de hacer un pacto o de tener un pacto hecho por otros, de ser incluidos en el pacto de Abraham y nunca fueron excluidos por Cristo;
 si ellos tienen el derecho de ser miembros de la Iglesia, y fueron miembros del pueblo judío;
 si supuestamente nuestro Señor hubiera decidido excluirlos del bautismo, él hubiera expresamente prohibido a sus apóstoles que los bautizara (cosa que nadie se atreve a afirmar que hizo) dado que de otra manera ellos lo hubieran rechazado ya que esa era la práctica universal de su nación;
 si es altamente probable que ellos lo hicieran, aún por la letra de la Escritura, porque frecuentemente bautizaban casas enteras y sería muy extraño que no hubiera niños entre ellos;
 si toda la Iglesia de Cristo por 1700 años bautizó niños y nunca se opuso nadie hasta que en el pasado siglo lo hicieron unos no muy santos hombres en Alemania;
 por último, si existen tal cantidad de inestimables beneficios traídos por el bautismo, el lavado de la culpa del pecado original, el compromiso con Cristo haciéndonos miembros de su Iglesia, y además dándonos el derecho a todas las bendiciones del evangelio; a todo esto sigue que,

¡Sí! los niños pueden, deben ser bautizados y nadie debe impedirselos.”

Como hemos visto, el bautismo constituye en la fe cristiana un medio de gracia de gran importancia y no debe ser practicado sin reverencia y sin preparación adecuada de la Iglesia. Por ser un sacramento, debe realizarse en el seno del culto público y no fuera de él –a no ser por causas de imposibilidad física– pues la congregación es testigo de la gracia y guardadora de su cumplimiento y crecimiento en la vida del bautizado.

Preguntas para el estudio

Después de estudiar este capítulo ¿Hemos encontrado una nueva forma de entender el bautismo? ¿Cuál?

¿Cuáles son los argumentos principales para sostener el bautismo de niños?

¿Cómo se prepara la comunidades para ser responsable del niño bautizado junto a sus padres?

15. Los sacramentos: la Cena del Señor

La Cena del Señor (también llamada Eucaristía, Mesa del Señor o Santa Cena) es el acto que evoca el momento en que Jesús compartió por última vez con sus discípulos la cena pascual días antes de ser crucificado. En esa ocasión Jesús instruyó a los creyentes para que realicen ese acto como conmemoración de esa última Cena y como anuncio de la “muerte del Señor hasta que él vuelva”.

El origen

Las raíces de la Santa Cena se remontan al éxodo del pueblo de Israel luego de la salida de la esclavitud de Egipto en busca de la libertad y la tierra prometida. Los hebreos recibieron la instrucción de Dios de recordar anualmente este hecho con la celebración de la Pascua. Jesús hacia el final de su ministerio terrenal quiso celebrar dicha Pascua con sus discípulos en la última cena que relatan los Evangelios. Está claro en el Evangelio que en el propósito de Jesús estaba la formación de un nuevo pueblo, el pueblo del Mesías, cuyo núcleo inicial habrían de ser los discípulos allí presentes (véase Lc. 12:32, 22:30, y Mt. 19:29).

Esto explica por qué en los primeros tiempos todo servicio religioso de las comunidades cristianas tuviera como centro la celebración de la Santa Cena. Ella es, desde los comienzos, la señal viviente de la creación de la Iglesia por Jesucristo. Es lo que se ha llamado “la fundación de la Iglesia”. El testimonio bíblico más antiguo de este medio de gracia y el más congruente con el propósito de Jesús es el relato que hace el apóstol Pablo en 1ª Corintios 11:23-26 y en 10:16-21 (especialmente 16-17). En estos pasajes están incluidos claramente los elementos esenciales de la Cena:

- La recordación (“en memoria de mí”), con referencia a los hechos de la vida y muerte de Cristo.
- El sacrificio, al hablarse del “cuerpo que es partido”.
- El “nuevo pacto” que se establece con los creyentes.

Pablo añade el hecho de la Iglesia como un cuerpo, pues la comunión con Cristo crea una comunión entre los hombres que es señalada vivamente en el acto del sacramento de la Cena. Y finalmente, está presente el elemento de “acción de gracias”, pues nos unimos al Señor en las gracias dadas a Dios por sus dones, especialmente por el don inefable de su Hijo Jesucristo.

Los Evangelios poseen los relatos paralelos de la institución de la Cena, los cuales tienen muy pocas diferencias entre sí, el de Lucas es el más semejante al de Pablo (véase Lc. 22: 17-20; Mt. 26:26-29, y Mr. 4:22-25). El evangelio de Juan no relata la institución, pero en cambio tiene el largo pasaje del capítulo 6 con el debate entre Jesús y los judíos acerca del significado de sus palabras “Yo soy el pan de vida” y la afirmación de que la vida eterna se alcanza “comiendo su carne y bebiendo su sangre” (véase Jn. 6:30-59). En este pasaje se ve claramente que “comer su carne y beber su sangre” equivalen a creer en él, pues ambos actos son los medios de apropiación de la “vida eterna” (Jn. 6:47 y 6:54).

La presencia de Cristo en la Santa Cena

El tema de cómo está presente Cristo en la Santa Cena, y particularmente en los elementos del pan y el vino, ha sido motivo de muy largas y dolorosas controversias y discusiones entre los cristianos. Lamentablemente lo que Cristo instituyó como expresión y vehículo de la unidad de su cuerpo, la Iglesia, se ha transformado muchas veces en motivo de escándalo; por eso, debemos participar de la Cena con humildad y arrepentimiento. Las iglesias evangélicas no solo rechazan la doctrina católico-romana de la “transubstanciación” (que sostiene que el pan y el vino se transmutan en el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Cristo, por lo cual en la Eucaristía está Cristo plenamente con toda su naturaleza divina y humana, dejando de estar las naturalezas de pan y vino), sino que también han habido profundas discrepancias en la interpretación que las iglesias evangélicas han dado al sacramento. Sabido es que Lutero y Zuinglio no pudieron ponerse de acuerdo con respecto a la interpretación de la presencia de Cristo en la Santa Cena, y esa discrepancia les llevó a separarse.

En el protestantismo, las tres principales corrientes de interpretación son: la luterana, que sostiene la presencia del cuerpo y la sangre de Cristo en el Sacramento, junto al pan y al vino, pero sin que haya transubstanciación alguna. Lutero dice: “El sacramento del altar es el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de nuestro Señor Jesucristo, en y bajo el pan –o, con el pan; o, en unión con el pan– y el vino, que Cristo por su palabra nos ha ordenado a todos los cristianos que comamos y bebamos”. La corriente calvinista o reformada sostiene que Cristo está presente de una manera espiritual en la Santa Cena, y la tercera corriente es la que considera a la Cena del Señor como un acto recordatorio y de significado simbólico.

La Iglesia Metodista es heredera de la segunda tendencia mencionada, la calvinista, a través de la interpretación dada en la Iglesia de Anglicana. Nuestro Artículo de fe 18 dice, entre otras cosas:

“La Cena del Señor no es solamente signo del amor que deben tenerse entre sí los cristianos, sino más bien sacramento de nuestra redención por la muerte de Cristo, de modo que, para los que digna y debidamente con fe reciben estos elementos, el pan que partimos es una participación del cuerpo de Cristo, y asimismo la copa de bendición es una participación de la sangre de Cristo. El cuerpo de Cristo se da, se toma y se come en la Cena solo de un modo celestial y espiritual. Y el medio por el cual el cuerpo de Cristo se recibe y se come en la Cena es por la fe...”

Esta doctrina se basa en el texto del Nuevo Testamento, donde en realidad nunca se habla de los elementos, sino de la obra del Espíritu Santo, y en virtud de la Palabra de Dios recibida con verdadera fe por el participante.

La ceremonia o ritual metodista de Santa Cena está tomada casi fielmente del ritual anglicano, e incluye las palabras de institución pronunciadas por Jesucristo y citadas por los evangelios, tanto en la oración de consagración de los elementos como en la entrega de los mismos a los participantes, pues así comprende y da a entender la Iglesia que el testimonio del Nuevo Testamento tiene también lugar en la realidad de la presencia de Cristo y establece de esa manera la importancia del hecho histórico del sacrificio de Jesucristo en la Cruz.

La frecuencia

En cuanto a la frecuencia con que la Comunión se debe celebrar, hay muchas prácticas, algunas basadas más en costumbres que en razones doctrinales o teológicas. El pensamiento de Wesley al respecto es muy claro y concluyente cuando dice que “es deber de todo cristiano recibir la Cena del Señor tan frecuentemente como pueda”. Fundamenta su opinión en:

- Es un mandamiento del Señor, “Haced esto en memoria de mí”.
- Es beneficioso para la fe.

Wesley dice:

“De modo que, todo aquel que tiene algún deseo de agradar a Dios o algún aprecio por su propia alma, obedezca a Dios y tome el bien de su propia alma comulgando en cada oportunidad que tenga, tal como lo hicieron los primeros cristianos, para quienes la Cena del Señor era una parte constante del culto en el día del Señor. Por varios siglos lo recibieron casi diariamente; al menos cuatro veces por semana y además todos los domingos”.

Además señala que algunos pueden decir: “Una comunión constante desgasta nuestra reverencia por el sacramento”. Y responde:

“¿Qué significa esto de desgastar nuestra reverencia? ¿Habría que concluir que no es necesario recibir el sacramento constantemente? El argumento no es lógico. Dios te dice: ‘Haz esto’. Puedes hacerlo pero no lo haces. Y te excusas diciendo: ‘Si lo hago tan a menudo, se gastará la reverencia con la que ahora lo hago’. La constante participación en la Cena del Señor no disminuirá la verdadera reverencia, sino que por el contrario la confirmará y aumentará”.

Preguntas para el estudio

¿Cuáles son los orígenes de la Comunión?

¿Cómo los entendió la iglesia primitiva?

¿Cuál es nuestra experiencia en relación a la frecuencia en la celebración de la Comunión?

¿Qué pensamos respecto de lo que dice Wesley en relación a la frecuencia?

16. La mayordomía: administradores del mundo de Dios

La imagen de mayordomos la comenzó a utilizar Jesús en sus parábolas (Lc. 16:1-15). Un buen equivalente moderno sería “administrador”, quien tiene amplia libertad de disponer de todo lo que ha sido confiado en su mano (ver Gn. 39:4-6) pero nada de lo que administra le pertenece. Estas imágenes apuntan a que, aunque en el mundo poseemos ciertos bienes, nada es nuestro. Todo es de Dios, incluso nuestra vida.

Somos llamados a ser administradores responsables de nuestra vida y de los recursos de la creación. De esa manera contribuimos al plan de Dios que desea que vivamos en justicia y armonía. Lo que nos ha sido dado es para que todos lo puedan disfrutar y alegrarse en los dones que el Señor ha hecho para nosotros. Por eso la mayordomía está firmemente ligada a la doctrina bíblica de la creación “Del Señor es la tierra y su plenitud” (Sal. 24:1). Dios es el creador de todas las cosas y el ser humano debe administrarlas de acuerdo con su voluntad (Gn. 1:28).

Dios nos invita a ser buenos administradores de toda nuestra vida, y a ponerla al servicio de su gloria. Somos mayordomos de:

- nuestros cuerpos.
- nuestro intelecto.
- nuestras capacidades.
- nuestro tiempo.
- nuestro dinero y posesiones.

Y sobre todo, debemos ser buenos administradores de nuestras posesiones materiales. En capítulos anteriores hemos hablado de la santificación en la esfera de las relaciones personales, pero nuestra vida se mueve también en relaciones de otro tipo. Gran parte de nuestra vida está ocupada en lo que podemos llamar la esfera económica: trabajar, ganar, gastar, comprar, vender y compartir. Para Wesley, la clave de la santificación de nuestra vida económica es la mayordomía. Pero muchas veces entendemos mal este concepto en relación con el dinero, pues pensamos que se refiere solamente a cooperar con el presupuesto de la iglesia. Como veremos, en la Biblia y en la enseñanza de Wesley, la manera en que manejamos nuestras ofrendas y diezmos para la iglesia son solo el reflejo de otras cosas más profundas. Jesús advirtió a sus seguidores que uno de los peligros más destructivos para la vida del cristiano era la manera de relacionarnos con la vida económica, recordando, además que la palabra “economía” significa “saber cuidar la casa”.

El Evangelio dice: “Ninguno puede servir a dos señores: porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas” (Mt. 6:24). Y explica esto en el versículo siguiente: “Por lo tanto os digo: No os afanáis por vuestra vida qué habéis de comer, o qué habéis de beber, ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir”. Al decir “las riquezas” no necesariamente se refiere a poseer una fortuna, sino que aún las cosas más sencillas como beber, comer, vestirse, pueden ser riquezas y transformarse en cosas que nos dominen. En la parábola del sembrador Jesús da esta explicación: “Estos son lo que fueron sembrados entre espinos. Los que oyen la palabra, pero los afanes de este siglo y el engaño de las riquezas, y las codicias de otras cosas, entran y ahogan la palabra, y se hace infructuosa” (Mr. 4:19). Uno de los peligros más graves para la vida cristiana son las trampas en la esfera económica.

Wesley enfatizaba mucho la mayordomía cristiana. En uno de sus sermones acerca del sermón de la montaña dice:

“Sean Mayordomos buenos y fieles de Dios y de los pobres, diferenciándose de ellos solo en estas dos circunstancias, que tienen todas las necesidades satisfechas con la parte que les ha tocado de los bienes del Señor, y que además tienen la bendición de dar” (Obras II, p. 212).

Cuando habla de la mayordomía en su sermón “Un camino más excelente” Wesley dice:

“Puedes verte a ti mismo como alguien en cuyas manos el Señor de cielo y tierra, y todo cuanto en ellos hay, ha confiado parte de sus bienes, para que los administres según sus instrucciones. Y según sus instrucciones debes considerarte uno más dentro del grupo de personas cuyas necesidades deberán ser atendidas con esa parte de sus bienes que te fue confiado” (Obras IV, p. 166).

Hay que notar que un mayordomo no es un dueño. La base de la instrucción de Wesley es que Dios es el creador de todo el mundo. Que todo lo que tenemos, es algo confiado en nuestras manos para que lo usemos según las instrucciones del dueño verdadero, o sea, Dios.

En su sermón 88 sobre el vestido dice a los que quieren gastar sin necesidad:

“Cuando estás usando ese dinero en vestidos costosos, que podía de otra manera ser gastado para los pobres, les niegas lo que Dios, el poseedor de todo, ha puesto en tus manos para su uso. Si es así, lo que usan ustedes mismos lo están arrancando de la espalda del desnudo, se lo están arrebatando de la boca del hambriento. (Works VII, p 20).

De hecho Wesley puede calificar todo consumismo como robo a Dios y a los pobres En su Sermón 28 que trata sobre el Sermón en la Montaña, Wesley pregunta:

“¿No será esta otra razón por la que apenas podrán entrar los ricos en el reino de los cielos? La gran mayoría de ellos están bajo la maldición, la maldición especial de Dios, puesto que según el tenor general de sus vidas no solo están robando a Dios,

malgastando y desperdiciando los bienes del Señor, y con esos mismos medios corrompiendo sus almas, sino también robando a los pobres, los hambrientos, los desnudos, cometiendo injusticia contra las viudas y los huérfanos, y haciéndose responsables de todas las necesidades, aflicciones y sufrimientos que pueden pero no quieren remediar. La sangre de los que perecen por la avaricia de quienes guardan el dinero o lo desperdician ¿no clamara contra ellos desde la tierra? ¿Que cuenta darán al que ha de juzgar a los vivos y a los muertos?” (Obras II, p. 210).

Entonces Wesley dice a cerca de las riquezas: “Da a los pobres con intención pura, con rectitud de corazón” y anota “tanto como dado a Dios” (Ibíd. p. 211).

Sin duda esta enseñanza acerca de la mayordomía puede parecer algo difícil, pero es muy importante. Hoy día vivimos en una sociedad dominada por asuntos económicos, por la ansiedad de tener más, gastar más. Y esto es un círculo vicioso del cual nadie puede salir fácilmente. Pero la gracia de Dios es suficiente para nosotros. Dios quiere liberarnos de esta ansiedad, de este sistema de dominación. Y nos invita a ser más y más reflejos de la generosidad de Cristo quien nos ha dado todo. Él nos ofrece la oportunidad de ser evidencia concreta en el mundo de la libertad de los hijos y las hijas de Dios, mostrando plenamente en la vida cotidiana la grandeza de la generosidad de Dios para con nosotros y para con cada ser humano. Es una vocación noble. Con nuestro propio poder no podemos salir de la trampa del consumo y el egoísmo; pero con el poder de Dios todo es posible.

Preguntas para el estudio

¿Qué significa para nuestra vida de todos los días el ser administradores de los bienes de Dios?

¿Qué consecuencias debe tener para nuestra s vidas el saber que no somos propietarios de nada?

¿Cómo es nuestra relación con el dinero, el consumismo y el egoísmo social?

17. La mayordomía: administradores de la Iglesia

Esa responsabilidad por toda la creación de la que hablamos en el capítulo anterior y en particular en relación con nuestro uso del dinero y el cuidado hacia los más vulnerables debe necesariamente tener su correlato en la manera como manejamos nuestro dinero a la hora de sostener a nuestra iglesia.

Dar del cristiano es una acción espontánea y gozosa. Nunca puede ser una obligación forzada. “No estamos bajo la ley, sino bajo la gracia”, dice el apóstol Pablo. Nuestro Dios no se complace en la ofrenda que nos es arrancada a presión o por obligación, cuando lo hacemos porque estamos como “entre la espada y la pared”, con la mala disposición con que generalmente pagamos una multa o un impuesto que consideramos injusto o excesivo.

Si alguien no ofrenda espontáneamente con alegría para la obra de Jesucristo es porque no ha comprendido el evangelio de Jesucristo, o si alguna vez lo comprendió, luego ha dejado que la pereza espiritual oxide su fe y su amor.

Si somos verdaderamente discípulos y seguidores de Cristo sentiremos la necesidad de dar, de ofrendar a la Iglesia para que cumpla más eficazmente su ministerio. Hay quienes sostienen que la misión de la Iglesia es “espiritual”, y que se realiza con oración, lealtad al Señor, consagración, pero su misión también requiere de recursos materiales.

El diezmo

Algunos cristianos quieren conocer más concretamente cuál es la proporción de sus ingresos que debieran ofrendar. Hay una proporción bíblica, que procede del Antiguo Testamento, que es una buena pauta aun para los cristianos. Algunas congregaciones cristianas la establecen como una ley, obligatoria para todos sus miembros. Nuestra Iglesia no considera conveniente imponerla como una ley, pero la ofrece como una meta o recomendación aconsejable y deseable. Y la experiencia de muchos creyentes, incluso en nuestra Iglesia, es que se regocijan en ponerla en práctica y dan testimonio de que es una bendición para sus vidas.

Dicha medida es el diezmo, que significa la décima parte de nuestras entradas o recursos. Esta práctica viene desde el tiempo de Abraham, quien ofrendó su diezmo, y continuó como un precepto de la ley del Antiguo Testamento. Tanto es así que el profeta Malaquías acusa al pueblo de “haber robado a Dios” al retener los diezmos que solo a él pertenecían (Mal. 3: 8-10).

En el Nuevo Testamento no se menciona en ningún caso el diezmo como una obligación para los cristianos. ¿Sería que los primeros cristianos daban menos que el diezmo? ¡Seguramente ofrendaban mucho más! No estaban bajo la ley hebrea, es verdad, pero al estar bajo la gracia se sentían movidos a hacer más que lo que la ley demandaba. Tanto es así que, en Jerusalén, vendían todas sus posesiones y el producto lo ponían a disposición de la comunidad de creyentes. Lo importante no es el nombre que le demos, sino que el diezmo es un punto de partida en la escuela del dar generosamente, quienes lo practican dan testimonio de que es una fuente de bendición, una disciplina para impedir, de una manera concreta, que la vida sea dominada por los deseos materiales.

Por lo tanto, podemos decir que damos al Señor para este aspecto fundamental de su obra en el mundo. Esa ofrenda es una señal de que Dios nos ha confiado los bienes materiales para que seamos “mayordomos” o “administradores” suyos. Lo que tenemos no es nuestro sino de Dios, y lo que ofrendamos para su obra es una señal y una parte representativa de que todo lo que somos y poseemos pertenece a él.

Cuando comprendemos esto se hace realidad en nosotros la palabra de nuestro Señor: “Más bienaventurado es dar que recibir” (Hch. 20:35). Que la Biblia dice que “Dios ama al dador alegre” y que tenemos que dar espontáneamente, no quiere decir que vamos a hacerlo solamente por impulsos o “corazonadas”. Amamos a nuestros familiares –esposo, esposa, hijos– y lo que hacemos por ellos, lo hacemos gozosa y espontáneamente. Pero también lo hacemos ordenadamente o no podríamos sostenerla. La obra de la Iglesia también tiene que hacerse –y se hace– ordenadamente, de acuerdo con planes y presupuestos, y tiene que ser sostenida conforme a un sistema.

El sistema que la Iglesia utiliza y propone a sus miembros y amigos –sistema que consideramos que concuerda con el espíritu del Evangelio– es el sistema de ofrendas. Es verdad que a veces intervienen otros recursos, pero lo cierto es que casi el ciento por ciento de lo que recibe la Iglesia proviene de ofrendas y donaciones. Y opinamos que es lo mejor para ella y sus miembros.

¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Cuánto?

El *Cómo* ya lo hemos respondido: como una ofrenda, con alegría y espontaneidad. Como acto de gratitud y adoración a nuestro Dios.

El *Cuándo* se contesta diciendo que nuestra Iglesia prefiere que la ofrenda se efectúe como parte del culto comunitario de la Iglesia. Es el momento en que adoramos y agradecemos a nuestro Dios, y el momento en que, una vez más, tomamos conciencia de su presencia en medio nuestro a través de Jesucristo. En el culto, el pueblo de Dios reunido responde a la ofrenda de Dios con sus propias ofrendas.

El *Cuánto* ya lo hemos dicho: aquello que el Señor nos llame a dar, con generosidad y alegría de corazón. Cuando vamos a efectuar un obsequio a alguien a quien realmente amamos, no hurgamos en nuestro bolsillo o nuestro portamonedas para sacar la moneda más pequeña. Más bien empleamos en ese obsequio todo lo que podemos pues sabemos

que en él va la expresión de cuanto amamos a esa persona. Así, la viuda pobre del Evangelio ofrendó el máximo y fue aprobada por el Señor. Los ricos, aunque aparentemente daban más, daban el mínimo necesario para impresionar a los demás y aparecer como muy generosos y devotos.

Si queremos una indicación bíblica, el apóstol Pablo decía a los hermanos en Corinto: “Cada primer día de la semana cada uno de vosotros aparte algo, según haya prosperado, para que cuando yo llegue no se recojan entonces ofrendas” (1 Co. 12:2). “Según haya prosperado”: estas palabras significan que nuestras ofrendas deben ser en proporción a nuestras entradas, ganancias o recursos.

Y esto es claro como la más sencilla aritmética: si un agricultor o un comerciante cristiano recibe este año el doble de ganancias que el año pasado, su ofrenda ha de ser de acuerdo con esa bendición recibida, es decir, conforme a su propiedad. Si en un año tu salario ha aumentado, ¿aumentaron tus ofrendas en esa proporción?

Daremos pues, conforme a lo que Dios nos prospera y nos bendice. Y tendremos como nuestra prioridad separar para el Señor nuestra ofrenda de nuestros ingresos.

Quizá sería simplificar demasiado las cosas decir que lo que damos a la Iglesia, como ofrenda, es lo que damos a Dios. Dios no está en la Iglesia solamente, ni obra exclusivamente por medio de la Iglesia. Pero sí es verdad que lo que ofrendamos a la Iglesia de Cristo es lo que ofrendamos para que se realice la obra más importante que Dios ha encomendado a sus hijos: proclamar su palabra y enseñar sus caminos a hombres, mujeres y niños de toda condición.

Preguntas para el estudio

Según el estudio ¿Por qué es necesario ofrendar?

¿Cómo entendemos la práctica del diezmo? ¿Lo practicamos?

¿Cómo entender la existencia de congregaciones pobres mientras sus miembros no lo son?

18. La Iglesia misionera

Las últimas palabras de los Evangelios de Lucas y Marcos anuncian la misión que el Cristo resucitado les encomienda a los discípulos. Eso que “todavía falta hacer” es lo que el Señor deja en manos de la Iglesia y, por lo tanto, la misión de la Iglesia no es una tarea accesoria y secundaria, más bien se revela como esencial a su existencia y su verdadera razón de ser. Cabe que nos preguntemos, ¿en qué consiste esta misión?

Tres dimensiones de la misión

Al momento de ser específicos con respecto a la misión debemos distinguir tres aspectos que expresan la diversidad y riqueza de su misión. Nos referimos al testimonio, al servicio y a la comunión. Los tres aspectos se distinguen, pero juntos conforman la misión de la Iglesia. Veamos cada uno de ellos.

El testimonio cristiano

El testimonio de la Iglesia es un ingrediente fundamental de su misión. Consiste en la necesidad de “decir” lo que todo creyente sabe acerca de la salvación en Cristo. El testimonio es narrar a otros el origen de nuestras conductas y opciones. Puede ocurrir que al ejercer las otras dimensiones de la misión (especialmente el servicio al prójimo, pero en ocasiones también puede suceder con la comunión entre creyentes), el cristiano es llevado a actuar en ámbitos seculares y en espacios donde la fe de los participantes no es el motivo que los reúne ni ocupa un lugar explícito. De allí que el testimonio sobre la raíz de tal o cual opción que asumimos es parte de la misión que debemos ejercer.

Dar testimonio de la fe es también una tarea que nos remite al centro de esa misma fe. La fe cristiana es una fe proclamada, anunciada, que se vive compartiéndola. No hay en la Biblia muchos ejemplos de una fe que se alimenta a sí misma desvinculada del prójimo. Más bien, cada personaje destacado de las narraciones bíblicas se presenta siempre en relación con otras personas, sea para bendición o como ejemplo de lo que aleja de Dios. Jesús no predicó su mensaje en soledad, las Escrituras nos dicen que la fe bíblica se construye en relación con Dios y con el prójimo.

El servicio al prójimo

Este aspecto se refiere al vínculo entre la Iglesia y la realidad que la rodea. Los tiempos cambian y cada uno tiene sus propios desafíos, pero está claro que la Iglesia no puede ser ajena a lo que sucede a su alrededor. Si afirmamos que Dios es creador del universo, debemos asumir que la totalidad de la creación es motivo de su atención y que es nuestra

tarea obrar sobre ella para expresar la voluntad de Dios. Esta dimensión es la que busca mostrar el amor de Dios por la humanidad en su conjunto, especialmente por los que más sufren y padecen las consecuencias de injusticias y crueldad.

Los lazos entre el servicio y el testimonio son evidentes. Al servir al necesitado o al que espera una palabra de fe y aliento se está dando un testimonio del amor de Cristo hacia esa persona que puede ser creyente o no, o puede entender o no entender la fe que nos mueve. Le llega nuestra ayuda –el acto visible de amor al prójimo–, pero a través nuestro se está expresando el amor de Dios hacia ella, el acto invisible del amor de Dios. Si deseamos ser fieles a la integralidad de la misión de la Iglesia es preciso que el acto visible de servicio muestre la fe que lo fundamenta y refiera al acto invisible que está implícito en él.

La comunión cristiana

La comunión de los creyentes es un regalo de Dios que no siempre hemos sabido reconocer. Es la construcción de la comunidad cristiana como espacio para compartir la fe y la vida. Es el lugar del encuentro y de la mutua comprensión. La comunión entre los creyentes debe emular la relación entre Dios y sus hijos e hijas. Así como Dios se vincula con nosotros en amor, del mismo modo somos llamados a vincularnos en el contexto de la Iglesia; sin embargo, esto debe ser asumido como parte integral de su misión y no como una opción entre otras posibles. Sin comunión no hay Iglesia, del mismo modo que no la hay sin testimonio o servicio al prójimo. Esto no quiere decir que en la Iglesia no habrá disensos, discusiones y hasta puntos de vista encontrados; si todo esto se da en el marco de una sana relación comunitaria de amor y comprensión, las diferencias serán comprendidas como diversidad y enriquecimiento de la Iglesia y no como una competencia por imponer criterios. Ya señalamos en el capítulo 6 que la Iglesia no es una comunidad perfecta y lo reafirmamos ahora, pero no se necesita perfección para ser una comunidad cristiana; lo que se requiere es estar dispuestos a dar lo mejor de nosotros y aceptar que no somos los únicos en la Iglesia.

La Iglesia en actitud misionera

La misión se realiza cuando la Iglesia se dispone a asumir una actitud determinada. Así, el cuidado de la creación, la búsqueda de llevar la salvación a todos, ocuparse de promover la solidaridad y la justicia, proveer textos bíblicos accesibles y bien traducidos, consolar al enfermo, ayudar a quien ha sido golpeado y sufre; todo es parte de la misión de la Iglesia y sucede y se cumple en la historia humana. Aunque esto tiene un riesgo en el cual la Iglesia puede caer, y es que una comprensión tan amplia de la misión parece incluir todo en ella y es sabido que hay una corta distancia entre “todo lo es” y “nada lo es”. Es como si dijéramos que si *todo* es misión, también *cualquier* actividad lo es. Y sin duda que no es así. ¿Cómo podemos superar esta situación?

Hay ciertos criterios que pueden orientarnos acerca de cómo lograr que lo que la Iglesia hace se distinga como *misión evangelizadora*. Estos criterios nunca se dan puros ni completos y, en general, debemos buscar indicios parciales que confirmarán que el

criterio se está cumpliendo. Al menos uno de estos debería estar presente en toda actividad de la Iglesia.

Señalamos aquí cinco criterios:

1. Las actividades de la Iglesia deben de un modo u otro referir a la fe que la fundamenta. Aquello que la Iglesia hace debe poner en evidencia que su tarea y sentido está en anunciar la buena noticia del Evangelio a todos. Muchas veces podemos suponer que la referencia a la fe está implícita en la tarea de la Iglesia; pero, si bien en muchos casos puede suceder que así sea, en otros el testimonio puede debilitarse si no se explicita esa intención.
2. La Iglesia en sus actividades debe contribuir al crecimiento en la fe de sus participantes. Desde crecer en espiritualidad hasta profundizar en el mensaje de las Escrituras, lo que la Iglesia haga debe alimentar el crecimiento de la fe y el acercamiento a Cristo. Para cumplir su misión, la búsqueda de una fe más madura debe ser un acto consciente de las actividades de la Iglesia.
3. Aquello que la Iglesia promueva y desarrolle debe fomentar la vida congregacional. Debe buscar las formas de crear vínculos entre los miembros y alentar la formación de una comunidad de personas que unidas den testimonio de Cristo.
4. Una Iglesia misionera debe alentar y respaldar la participación del creyente en la vida secular y en las organizaciones sociales que contribuyen a la justicia, a la cultura y a la participación democrática. A la vez, debe instruir a sus miembros para que esa participación sea también un espacio de testimonio de la fe que los mueve.
5. Lo que la Iglesia haga debe invitar a la fe en Cristo. Cuando ayudamos a alguien en su necesidad o cuando aconsejamos a quien esté en problemas, no siempre somos conscientes de que no estamos ofreciendo lo mejor que tiene la Iglesia si no acompañamos esa acción con una invitación a la fe.

Preguntas para el estudio

- ¿Por qué una iglesia debe ser misionera?
- ¿Cuáles son las tres dimensiones de la misión de la iglesia?
- ¿Cómo se están poniendo en práctica esas dimensiones de la misión en su congregación?

19. La Conexionalidad I – En los comienzos del metodismo

En el ámbito eclesial, el término “conexional” se opone a “congregacional” y lleva en sí mismo un presupuesto eclesiológico subyacente. Señala una eclesiología que afirma:

1. La catolicidad (universalidad) de la Iglesia
2. Que el todo, es mayor que las partes
3. Que las congregaciones locales se comprenden solo en relación con el todo.

Es sumamente ilustrativo el uso que Wesley dio al término usándolo como sustantivo y casi como sinónimo de “comunión”, en el sentido de asamblea (iglesia). Es frecuente el término “La conexión metodista” o por ejemplo “miembro en plena conexión”.

Wesley, siempre creyó en la catolicidad de la Iglesia, de allí que evitó por todos los medios convertirse en una secta escindida del anglicanismo. La gran pregunta del metodismo era cómo revitalizar la Iglesia Anglicana, sin caer en el sectarismo congregacionista. Por eso navegó constantemente en una tensión equilibrada entre UNIDAD y CRITICA REFORMISTA.

La sola UNIDAD, llevaba al peligro de la institucionalización cerrada, los ejemplos estaban dados en la Iglesia Católica Romana y el Anglicanismo. La CRITICA REFORMISTA despreciando la unidad desembocaba en los ejemplos de los congregacionismos sectarios conocidos por Wesley: el calvinismo, los moravos y los entusiastas.

El nexo vinculante de esa tensión, fue el concepto de CONEXIÓN, la conexión metodista fue un tejido conectivo que mantenía a sus miembros unidos a las Sociedades, las bandas, las clases y al mismo tiempo a la Iglesia Anglicana. Una conexión que permitía una distancia crítica, sin quebrar los lazos, y al mismo tiempo permitía una Unidad, sin dejarse fagocitar por la Institución.

Los agentes prácticos de ese tejido conectivo fueron los predicadores itinerantes, quienes a través de circuitos planificados mantenían la unidad de las sociedades metodistas y al mismo tiempo renovaban el pensamiento de aquellos que aún pensaban en términos de la ortodoxia anglicana.

O sea que la itinerancia fue el sistema dinámico que permitió mantener la unidad y la renovación en una tensión creativa.

La itinerancia no era el sistema más cómodo, tampoco el más barato y mucho menos el más tranquilo. La lista de pastores itinerantes muertos en su labor es escalofriante. La conexión metodista, en ese sentido eligió un camino difícil, costoso, pero muy eficaz, un sistema que al mismo tiempo alimenta y une, renueva y da coherencia.

Este sistema demandaba momentos de concentración y momentos de dispersión. Con ese objeto en 1745 Wesley creó las Conferencias Anuales (en realidad al comienzo eran trimestrales...pero no funcionó). En estas conferencias Wesley reunía a todos sus pastores itinerantes una vez al año para dar coherencia teológica a su movimiento. En las conferencias los pastores viajantes eran dotados de material doctrinal y de estudio para el resto del año, llevaban como material los sermones de Wesley, sus Notas sobre el Nuevo Testamento como guía hermenéutica, los artículos de fe y las minutas de las actas de la conferencia para cuando estuvieran otra vez solos en sus circuitos pudieran mantener fresco lo discutido y aprendido en el momento en común. Además del estudio, los 36

predicadores itinerantes (del comienzo) debían observar las reglas para los predicadores. En este sentido se puede decir que el elemento aglutinante de la conexionalidad era la Disciplina. Wesley solía decir,

“quiero un liderazgo, espiritualmente vivo, misionalmente activo y doctrinalmente sólido”...Que estén abiertos el espíritu, pero dentro de un límite marcado por la comprensión de un cristianismo escritural y las enseñanzas de la Iglesia Anglicana” .

Como dijimos, este sistema no es fácil ni barato. Wesley tuvo que pensar la manera de sostenerlo. Para ello creó una editorial, donde publicaba resúmenes de clásicos, que llamó “Biblioteca Cristiana”, y otros libros de bajo costo para esparcir sus pensamientos. Esta creación tuvo un doble efecto, por un lado ayudó al afianzamiento doctrinal y teológico del movimiento, pero también con las ganancias de la editorial se creó en 1749 un “Fondo Común” a través del cual se mantenía el sistema conexional, la itinerancia, las escuelas para pobres, etc .

La conexionalidad en el metodismo de EEUU

Desde 1767 hasta 1784, el metodismo en los EEUU fue un sistema de Sociedades conectadas por conferencias regionales trimestrales las cuales estaban supervisadas por superintendentes o “pastores presidentes”, o sea conservaba la dinámica de “movimiento” tal como había surgido en Inglaterra.

En la Conferencia Anual de Navidad de 1784, surge la disputa entre los que querían seguir con este modelo, y aquellos que abogaban por un sistema más centralizado encarnado en la figura de un obispo. Se impone un sistema mixto en el cual se preservan las conferencias conexionales, pero bajo la figura de un Obispo, pasando a ser un sistema Episcopal.

De esta manera en la Conferencia General de ese año, que estaba integrada solamente por ministros ordenados (sin negros, mujeres ni laicos), se impuso el sistema episcopal. El corazón del problema era justamente las designaciones pastorales, quién las establecía y hasta dónde era posible la discrepancia. Con la figura del obispo este tema se resolvió, quedando el obispo como el poseedor del poder para designar ministros.

Así, las designaciones centralizadas pasaron a ser una característica distintiva de la conexionalidad. A raíz de este tema se produce la primera división del metodismo en 1792 en EEUU. En la Conferencia General de ese año el Rev. J.O’Kelly propone que una designación realizada por el obispo, pueda ser apelada si esta es insatisfactoria para el ministro. Esta propuesta es derrotada a raíz de lo cual O’Kelly se separa de la Iglesia Metodista Episcopal y con el tiempo dará forma a la Iglesia Congregacionalista.

A modo de resumen podemos decir que:

- 1) La “conexionalidad” es una afirmación eclesiológica que reafirma la catolicidad de la iglesia.
- 2) Un sistema que demanda equilibrio y tensión entre:

Identidad (sin ser ortodoxia) y Ecumenicidad (sin llegar a un relativismo teológico)

Autoridad (sin ser autoritarismo episcopal) y Autonomía (sin ser caos)

Disciplina (sin ser legalismo) y Libertad Individual (sin ser individualismo)

Afirmaciones para conversar:

Desde lo práctico surgen características que el sistema conexional promueve:

- Un capital simbólico común que previene posibles cismas
- Una responsabilidad económica en común para sostener la red

Para ello el sistema conexional requiere:

- Itinerancia ministerial con designaciones centralizadas (nexo distribuidor objetivo del capital simbólico)
- Cuerpos colegiados de discusión y toma de decisiones
- Sistema episcopal o presidencial que garantice la unidad en la diversidad conexional

20. La Conexionalidad II - En el metodismo latinoamericano

La iglesia metodista en América Latina ha mantenido el sistema conexional como una de sus características organizativas más importantes. El hecho de ser una iglesia metodista global es un concepto muy significativo. Esta característica, igual que en sus orígenes debe ser apreciada como una dimensión misionera y ecuménica esencial para la vida de la Iglesia.

El interés metodista por la conexionalidad, que ha tratado de mantener y cultivar, debería ser un incentivo para seguir pensado e interpretado el rol de las iglesias en el marco del ecumenismo y el mundo en general. Veremos dos puntos:

1. Conexionalidad es organización compartida y 2. Conexionalidad es solidaridad.

1. Conexionalidad es organización compartida

Local y Universal (las iglesias locales y La Iglesia Metodista) – Autonomía y conexionalidad.

Después de los procesos de autonomías en la década de los 60s, en la mayoría de los países de América Latina se establecieron Iglesias Metodistas nacionales autónomas. La conexionalidad nos invita a pensar en la relación entre: las iglesias locales, la Iglesia metodista Nacional de cada país y el metodismo global.

a) Para el metodismo una iglesia “local” es “iglesia” solo en relación a todas las iglesias! (En el NT por ejemplo, los envíos de cartas de Pablo, saludos o emisarios de una iglesia a la otra; sus colectas para la Iglesia de Jerusalén, son un buen ejemplo).

Esto significa el deber de las iglesias de tener en cuenta cada cosa que una hace por la otra, por ejemplo, la ofrenda conexional es un sistema solidario entre iglesias locales a nivel nacional para sostener los gastos comunes administrativos y laborales de toda la Iglesia Metodista. Tienen también el derecho de formular preguntas, hacer pedidos y exhortaciones entre sí. Estos deberes y derechos de las iglesias locales no pueden ser meramente una cosa espontánea; necesitan circular por canales de comunicación y decisión establecidos y reconocidos orgánicamente. Para ello existe el reglamento de la Iglesia Metodista a nivel nacional.

b) Hablamos de iglesias metodistas autónomas. Es momento de aclarar que “autonomía” no es en este caso opuesto a “conexionalidad”. Por el contrario, son dos conceptos complementarios. Una iglesia local no es iglesia si no es libre de discernir en sus propias condiciones la guía del Espíritu Santo, reconocer los dones del Espíritu en su propia membresía y decidir y llevar adelante sus prioridades. En esto se expresa su autonomía. Pero esto demanda también una definición de la “locación” de una iglesia local, circuital o nacional. Tales definiciones deben realizarse en consulta y en respeto por todos, las instancias a través de las cuales una iglesia decide localmente sobre temas como

programa, misión, prioridades, pero siempre deben ser comunicados a las iglesias locales más cercanas (Circuitos y Distritos) para hacer posible el intercambio, la comunión y la consulta mutuos. En esto se expresa su conexionalidad.

c) La iglesia en un sentido universal no es, ni la suma de las iglesias locales, ni una estructura que lo abarque todo, sino la “comunión” en Cristo y el Espíritu vivida al mismo tiempo localmente y en las relaciones con otras. En este sentido, el modelo para la iglesia universal no es ni el modelo monárquico de una estructura unificada, ni el modelo “democrático” de una organización legal. Es un modelo trinitario de “perichoresis” esto es:

rotación y circularidad en las relaciones (uno vive y se encuentra a sí mismo en el otro) y la unidad en la acción.

2. Conexionalidad es solidaridad

¿Cómo pueden integrarse la unidad orgánica, la responsabilidad mutua y las decisiones locales?

¿Cómo puede ser contrabalanceado efectivamente y no solo formalmente, los inevitables desequilibrios económicos entre iglesias locales? Iglesias sin conexionalidad dejan la misión a merced de las posibilidades de las iglesias más fuerte económicamente. Por eso no existe conexionalidad sin el compartir de recursos, concretamente recursos materiales.

“Compartir” no puede significar simplemente “dar” y “recibir” sino decisiones y planificación en común. Para poner un ejemplo por el absurdo, solamente para ilustrar la dificultad de la cuestión: En estrictos términos del NT es inconcebible que una iglesia local posea un presupuesto de un millón de pesos en mantenimiento mientras un pastor circuital en una barriada pobre no pueda disponer de una moto para visitar a sus 5 congregaciones en su circuito.

La generosidad decidida unilateralmente no lo logrará o tendrá una duración corta. Dar forzadamente es impensable. ¿Debiéramos tener acaso un “impuesto de Iglesia” graduado para redistribuir los recursos? La planificación de nuestra conexionalidad es la respuesta.

Una conexionalidad basada en el compartir de recursos. No solo a través de nuestra ofrenda conexional mensual, que es central para seguir siendo iglesia metodista, sino también imaginar nuevos canales para expresar la conexionalidad. Cuando se logra organizar la conexionalidad en términos solidarios, nos damos cuenta que “todos comieron hasta saciarse.” De esa manera se fortalece el sentido de ser iglesia e impactará de manera concreta en términos materiales y de recursos en la solidaridad/responsabilidad para la misión.

Preguntas para conversar

- 1) ¿Cómo pueden reconocerse el inseparable, pero distinguible uso tanto local como universal de la palabra “ecclesia” en el Nuevo Testamento?
- 2) ¿Qué diferenciaría a las iglesias congregacionales de aquellas que se organizan conexionalmente?
- 3) Destaque los valores que posee la ofrenda conexional.

Anexo I.

Los artículos de fe de la Iglesia Metodista

Entre 1536 y 1563 la Iglesia Anglicana fue ajustando su doctrina. En un movimiento oscilante entre el protestantismo ortodoxo y el catolicismo romano, la naciente iglesia ensayó distintas afirmaciones doctrinales, algunas más calvinistas, otras más católicas. Hasta que en 1563, con el reinado de Elizabeth, encontró la vía media que definió al anglicanismo y también al metodismo del siglo **XVIII**. Ese año la Iglesia adoptó lo que se conoce como los *Treinta y nueve artículos de la fe anglicana*.

Cuando el movimiento metodista ya había llegado a un nivel maduro de organización, especialmente debido a su desarrollo en los Estados Unidos a partir de 1767, Juan Wesley, basado en los artículos anglicanos, redactó lo que se conocerá como los *Artículos de religión* o los *24 artículos de fe metodistas*. Este texto fue adoptado por la Conferencia de predicadores de 1784 con el fin particular de brindar un marco doctrinal a la tarea misionera que el metodismo llevaba adelante en la convulsionada frontera oeste de los Estados Unidos. La síntesis metodista reduce a 24 los primitivos 39 artículos anglicanos: El criterio de selección ha sido eliminar aquellos que resultaban demasiado coyunturales a la realidad de la iglesia del siglo **XVI** pero que ya carecían de relevancia práctica, o también aquellos en los que se resaltaba la autoridad de la Iglesia Anglicana. En 1801 la Iglesia Metodista en los Estados Unidos los adoptó como base doctrinal, al tiempo que se le agregó un artículo, el 23 (ausente en nuestros listados), que se refiere a la obediencia a las autoridades gubernamentales de los Estados Unidos.

Las Iglesias Metodistas en toda América latina los adoptaron como parte de su testimonio y cuerpo doctrinal.

Artículos de fe

I. De la fe en la Santísima Trinidad

Hay un solo Dios vivo y verdadero, eterno, sin cuerpo ni partes, de infinito poder, sabiduría y bondad; creador y conservador de todas las cosas, así visibles como invisibles. Y en la unidad de esta Deidad hay tres personas, de una misma sustancia, poder y eternidad: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

II. Del Verbo, o Hijo de Dios, que fue hecho verdadero hombre

El Hijo, que es el Verbo del Padre, verdadero y eterno Dios, de una misma sustancia con el Padre, tomó la naturaleza humana en el seno de la bienaventurada Virgen; de manera

que dos naturalezas enteras y perfectas, a saber, la Deidad y la humanidad, se unieron en una sola persona, para jamás ser separadas, de lo que resultó un solo Cristo, verdadero Dios y verdadero Hombre, que realmente padeció, fue crucificado, muerto y sepultado, para reconciliar a su Padre con nosotros, y para ser sacrificio, no solamente por la culpa original, sino también por los pecados actuales de los hombres.

III. De la resurrección de Cristo

Cristo verdaderamente resucitó de entre los muertos, y volvió a tomar su cuerpo, con todo lo perteneciente a la integridad de la naturaleza humana, con lo cual subió al cielo, y allí está sentado hasta que vuelva para juzgar a todos los hombres en el postrer día.

IV. Del Espíritu Santo

El Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo, es de una misma sustancia, majestad y gloria con el Padre y con el Hijo, verdadero y eterno Dios.

V. De la suficiencia de las Sagradas Escrituras para la salvación

Las Sagradas Escrituras contienen todas las cosas necesarias para la salvación; de modo que no debe exigirse que hombre alguno reciba como artículo de fe ni considere como requisito necesario para la salvación nada que en ellas no se lea ni pueda por ellas probarse. Bajo el nombre de Sagradas Escrituras comprendemos aquellos libros canónicos del Antiguo y del Nuevo Testamento, de cuya autoridad nunca hubo duda alguna en la Iglesia. Los nombres de los libros canónicos son: Génesis, Éxodo, Levítico, Números, Deuteronomio, Josué, Jueces, Rut, el primer libro de Samuel, el segundo libro de Samuel, el primer libro de los Reyes, el segundo libro de los Reyes, el primer libro de las Crónicas, el segundo libro de las Crónicas, Esdras, Nehemías, Ester, Job, Salmos, Proverbios, Eclesiastés. Cantares, los cuatro profetas mayores, y los doce profetas menores. Todos los libros del Nuevo Testamento que son generalmente aceptados, los recibimos y los tenemos como canónicos.

VI. Del Antiguo Testamento

El Antiguo Testamento no es contrario al Nuevo; puesto que en ambos, Antiguo y Nuevo, se ofrece la vida eterna al género humano por Cristo, único Mediador entre Dios y el hombre, siendo que Él es Dios y Hombre. Por lo cual no deben ser escuchados los que pretenden que los antiguos patriarcas tenían su esperanza puesta tan sólo en promesas transitorias. Aunque la ley que Dios dio por medio de Moisés, en cuanto se refiere a ceremonias y ritos, no obliga a los cristianos ni deben sus preceptos civiles recibirse necesariamente en ningún estado, sin embargo, no hay cristiano alguno que quede exento de la obediencia a los mandatos que se llaman morales.

VII. Del pecado original o de nacimiento

El pecado original no consiste (como falsamente aseveran los pelagianos) en la imitación de Adán, sino que es la corrupción de la naturaleza de todo hombre engendrado en el orden natural de la estirpe de Adán, por lo cual el hombre está muy apartado de la justicia original, y por su misma naturaleza se inclina al mal, y esto continuamente.

VIII. Del libre albedrío

La condición del hombre después de la caída de Adán es tal que no puede volverse ni prepararse a sí mismo por su fuerza natural y propias obras, para ejercer la fe e invocar a Dios; por tanto, no tenemos poder para hacer obras buenas, agradables y aceptables a Dios, sin que la gracia de Dios por Cristo nos capacite para que tengamos buena voluntad, y coopere con nosotros cuando tuviéremos tal buena voluntad.

IX. De la justificación del hombre

Se nos tiene por justos delante de Dios solamente por los méritos de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, por la fe, y no por nuestras propias obras o merecimientos. Por tanto, la doctrina de que somos justificados solamente por la fe, es bien saludable y muy llena de consuelo.

X. De las buenas obras

Aunque las buenas obras, que son fruto de la fe y consiguientes a la justificación, no pueden libramos de nuestros pecados, ni soportar la severidad de los juicios de Dios, son, sin embargo, agradables y aceptables a Dios en Cristo y nacen de una fe verdadera y viva, de manera que por ellas puede conocerse la fe viva tan evidentemente como se conocerá el árbol por su fruto.

XI. De las obras de supererogación

Las obras voluntarias –ejecutadas aparte o en exceso de los términos de los mandamientos de Dios–, llamadas obras de supererogación, no pueden enseñarse sin arrogancia e impiedad; pues por ellas declaran los hombres que no solo rinden a Dios todo lo que es de su obligación, sino que por amor a él hacen aun más de lo que en rigor les exige el deber, siendo así que Cristo dice explícitamente: “Cuando hubiereis hecho todo lo que os es mandado, decid: ‘Siervos inútiles somos’”.

XII. Del pecado después de la justificación

No todo pecado voluntariamente cometido después de la justificación es el pecado contra el Espíritu Santo, e imperdonable. Por lo cual, a los que han caído en el pecado después de su justificación no se les debe negar el privilegio del arrepentimiento. Después de haber recibido el Espíritu Santo, podemos apartarnos de la gracia concedida y caer en el pecado y, por la gracia de Dios, levantarnos de nuevo y enmendar nuestra vida. Por lo tanto, son de condenar los que dicen que ya no pueden pecar más mientras vivan, o que niegan a los verdaderamente arrepentidos la posibilidad del perdón.

XIII. De la Iglesia

La Iglesia visible de Cristo es una congregación de fieles, en la cual se predica la Palabra pura de Dios, y se administran debidamente los sacramentos, conforme a la institución de Cristo, en todo aquello que forma parte necesaria y esencial de los mismos.

XIV. Del purgatorio

La doctrina romanista tocante al purgatorio, a la absolución, a la veneración y adoración, tanto de imágenes como de entelequias, y también a la invocación de los santos, es una patraña, una pura invención sin fundamento en la Escritura, sino antes bien, repugnante a la Palabra de Dios.

XV. Del uso en la congregación de una lengua que el pueblo entienda

Ofrecer oración pública en la Iglesia o administrar los sacramentos en una lengua que el pueblo no entiende es cosa evidentemente repugnante tanto a la Palabra de Dios como al uso de la Iglesia primitiva.

XVI. De los sacramentos

Los sacramentos instituidos por Cristo son no solo señales o signos de la profesión de los cristianos, sino más bien testimonios seguros de la gracia y buena voluntad de Dios para con nosotros, por los cuales obra Él en nosotros invisiblemente, y no solo aviva nuestra fe en él, sino que también la fortalece y confirma.

Los sacramentos instituidos por Cristo, nuestro Señor, en el Evangelio, son dos, a saber: el Bautismo y la Cena del Señor.

Los cinco comúnmente llamados sacramentos, a saber: la confirmación, la penitencia, el orden, el matrimonio y la extremaunción, no deben tenerse por sacramentos del Evangelio, puesto que han emanado, algunos de ellos, de una viciosa imitación de los apóstoles, mientras que otros son estados de vida aprobados en las Escrituras, sin que sean de la misma naturaleza que el Bautismo y la Cena del Señor, puesto que carecen de todo signo visible o ceremonia ordenada por Dios.

Los sacramentos no fueron instituidos por Cristo para servir de espectáculo ni para ser llevados en procesión, sino para que usásemos de ellos debidamente. Y solo en aquellos que los reciben dignamente producen efecto saludable, mientras que los que indignamente los reciben adquieren para sí condenación (como dice San Pablo en 1 Corintios 11:29).

XVII. Del Bautismo

El Bautismo no es solamente signo de profesión y nota distintiva, por lo cual se distinguen los cristianos de los no bautizados, sino también signo de la regeneración o renacimiento. El bautismo de los párvulos debe conservarse en la Iglesia.

XVIII. De la Cena del Señor

La Cena del Señor no es solamente signo del amor que deben tenerse entre sí los cristianos, sino más bien sacramento de nuestra redención por la muerte de Cristo; de modo que, para los que digna y debidamente y con fe reciben estos elementos, el pan que partimos es una participación del cuerpo de Cristo, y asimismo la copa de bendición es una participación de la sangre de Cristo.

La transustanciación, o transmutación de la sustancia del pan y del vino en la Cena de nuestro Señor, no puede probarse por las Sagradas Escrituras; antes bien, es repugnante a las palabras terminantes de las Escrituras, trastorna la naturaleza del sacramento y ha dado ocasión a muchas supersticiones.

El cuerpo de Cristo se da, se toma y se come en la Cena solo de un modo celestial y espiritual. Y el medio por el cual el cuerpo de Cristo se recibe y se come en la Cena es por la fe. Cristo no ordenó que el sacramento de la Cena del Señor se reservara ni que se llevara en procesión, ni se elevara, ni se adorara.

XIX. De las dos especies

El cáliz del Señor no debe negarse a los laicos; pues ambas partes de la Cena del Señor, por institución y mandamiento de Cristo, deben suministrarse igualmente a todos los cristianos.

XX. De la única oblación de Cristo, consumada en la cruz

La oblación de Cristo, una vez hecha, es la perfecta redención, propiciación y satisfacción por todos los pecados de todo el mundo, originales y actuales; y no hay otra satisfacción por el pecado, sino esta únicamente. Por lo cual, el sacrificio de la misa, en el que se dice comúnmente que el sacerdote ofrece a Cristo por los vivos y por los muertos, para que estos tengan remisión de pena o de culpa, es fábula blasfema y fraude pernicioso.

XXI. Del matrimonio de los ministros

La ley de Dios no manda a los ministros de Cristo hacer voto de celibato, ni abstenerse del matrimonio; lícito es, pues, para ellos, lo mismo que para los demás cristianos, contraer matrimonio a su discreción, como juzguen más conducente a la santidad.

XXII. De los ritos y ceremonias de las iglesias

No es necesario que los ritos y ceremonias sean en todo lugar ni de forma idéntica; puesto que siempre han sido diversos, y pueden mudarse según la diversidad de los países, tiempos y costumbres de los hombres, con tal que nada se establezca contrario a la Palabra de Dios. Cualquiera que, apoyándose en su juicio privado, voluntariamente y de intento quebrantare públicamente los ritos y ceremonias de la Iglesia a que pertenece, y que no sean repugnantes a la Palabra de Dios sino ordenados y aprobados por autoridad común, debe (para que otros teman hacer lo mismo) ser reprendido públicamente como perturbador del orden común de la iglesia, y como quien hiere las conciencias de los hermanos débiles. Cualquier Iglesia tiene facultad para establecer, mudar o abrogar ritos y ceremonias con tal que se haga todo para edificación.

XXIII. (Eliminado, ver introducción.)

XXIV. De los bienes de los cristianos

Las riquezas y los bienes de los cristianos no son comunes en cuanto al derecho, título y posesión de los mismos, como falsamente aseveran algunos. Sin embargo, todo hombre, de lo que posee y según sus facultades, debe dar con liberalidad limosnas a los pobres.

XXV. Del juramento del cristiano

Así como confesamos que nuestro Señor Jesucristo y Santiago, su apóstol, prohíben a los cristianos el juramento vano y temerario, también juzgamos que la religión cristiana no prohíbe que se preste juramento a requerimiento del magistrado y en causa de fe y caridad, con tal que se haga según la doctrina del profeta, en justicia, juicio y verdad.

Anexo II.

Los principios sociales de la Iglesia Metodista

Afirmación de principios sociales (1908)

La Iglesia Metodista Episcopal Norte de los Estados Unidos fue la primera iglesia en redactar un credo social en medio de los conflictos sociales de principios del siglo XX tanto en Europa como en los Estados Unidos. En un Concilio especialmente reunido para tratar el tema de la justicia social de manera paralela a la Conferencia General de la Iglesia Metodista Episcopal Norte de 1908, redactó y sometió a la Conferencia, la siguiente declaración de principios, que fue aprobada.

La Iglesia Metodista Episcopal aboga:

Por igualdad de derechos y completa justicia para todos los hombres en todas las etapas de sus vidas.

Por los principios de conciliación y mediación en los disensos fabriles.

Por la protección de los obreros de las maquinarias peligrosas, enfermedades, accidentes y muertes laborales.

Por la abolición del trabajo infantil.

Por una regulación en las condiciones de trabajo de las mujeres que pueda resguardar la salud moral y física de la comunidad.

Por la prohibición de las jornadas extenuantes de trabajo.

Por la reducción gradual y razonable de horas de trabajo, con trabajo para todos; y por un nivel de ocio acorde a las necesidades de la vida humana.

Por un día de descanso cada siete de trabajo.

Por un salario digno en todas las industrias.

Por el máximo salario que cada industria pueda afrontar, y por la distribución de sus ganancias lo más equitativamente posible.

Por el reconocimiento de la 'Regla de oro' y la mente de Cristo como la ley suprema de la sociedad y por el remedio seguro para todos los males sociales.

A los obreros de América y a aquellos que están trabajando para quitar las pesadas cargas de los pobres y reducir la rudeza y elevar la dignidad del trabajo, este Concilio les envía los saludos de una hermandad humana y nuestra promesa de simpatía y apoyo en una causa que pertenece a todos los que seguimos a Cristo.

Afirmación de Principios Sociales (1969)

A través de los años la Afirmaciones sociales fueron sufriendo modificaciones según se iban modificando también las exigencias sociales. La Iglesia Evangélica Metodista Argentina, en su Asamblea Constitutiva de 1969 y aprobó la *Afirmación de Principios Sociales* que ofrecemos a continuación.

AFIRMAMOS que la historia y la sociedad son escenario de la acción de Dios en la instauración de su Reino, como lo proclaman las Escrituras.

AFIRMAMOS que esta acción de Dios está dirigida hacia el hombre, en quien El creó posibilidades de libertad, creatividad y amor, que fueron plenamente realizadas en Jesucristo.

AFIRMAMOS que el hombre está llamado a realizar la voluntad de Dios, y nosotros, como cristianos, con esta comprensión, debemos comprometemos en la búsqueda activa de un orden económico-social que no limite, sino que estimule las posibilidades humanas para el bien.

AFIRMAMOS que el sentido de nuestra vida está dado en el servicio y la liberación de nuestro prójimo, con quien Jesucristo se identifica.

AFIRMAMOS que el hombre se encuentra alienado en todo sistema económico-social que lo transforme en instrumento del mismo, impidiendo la formación de una comunidad en la que los recursos naturales y los productos del esfuerzo humano sean aprovechados íntegra y equitativamente, en la que todo hombre tenga acceso a las condiciones que posibilitan una vida verdaderamente humana, sea partícipe de la cultura y de la educación, y tenga la posibilidad de expresarse creativamente.

AFIRMAMOS que es nuestro deber trabajar por alcanzar tal comunidad, y vivir de acuerdo a lo que vemos en Jesús, en quien el Reino de amor, verdad, libertad, justicia y paz, se hace presente entre los hombres.

AFIRMAMOS por lo tanto, que debemos ejercer una crítica activa, oponiéndonos constructivamente a todo sistema que esté basado en el egoísmo, la hipocresía, la represión, la injusticia y la violencia institucionalizada.

AFIRMAMOS que es nuestra responsabilidad buscar permanentemente una renovación total que modifique el estado de cosas existente, fruto del pecado, a la luz de lo que entendemos debe ser la vida humana, cual fuera expresada en Cristo, y no limitamos a actos de beneficencia, y mucho menos sancionar con nuestra bendición aquellas formas de supuesta caridad que degradan la personalidad humana, ni conformamos con mejoras que no conducen al propósito de Dios respecto del destino humano. Guardar silencio frente a la necesidad, a la injusticia y a la explotación del hombre es traicionar a Cristo.

Anexo III.

Las Iglesias de tradición wesleyana

El testimonio de Juan Wesley y sus seguidores trascendió su propio movimiento y alentó la fe en muchas Iglesias y comunidades en el transcurso de los años. A pesar de que en varios casos las nuevas Iglesias que se desprendieron del movimiento surgieron al calor de desencuentros entre hermanos, al cabo de los años debemos dar gracias por la misión y la expansión del Evangelio que ellas provocaron y aún conducen.

Dos vertientes conforman la herencia wesleyana. Una de ellas está dada por las Iglesias Metodistas que son continuidad del movimiento de Juan Wesley. Por otro lado se encuentran las distintas Iglesias evangélicas que fueron redescubriendo y adoptando las categorías wesleyanas, especialmente su idea de salvación y su celo misionero.

Los puntos que unen a las iglesias de tradición wesleyana son:

- La aceptación de la doctrina de la Trinidad.
- La libre voluntad del ser humano para responder al llamado de Dios, por lo que no hay un grupo de elegidos sino que la salvación es para todos los que respondan al llamado.
- La doctrina de la Santificación - Perfección.

Este último punto ha sido fuente para muchas interpretaciones y doctrinas. Lo que provoca esta amplitud de interpretaciones está dado básicamente por la tensión que existe en el pensamiento de Juan Wesley entre la Santificación como un “proceso” o como una “realidad instantánea”. De esta manera, existen tradiciones que han enfatizado la santificación como una “realidad instantánea” que le sucede al creyente como consecuencia del bautismo del Espíritu, y otras que lo entienden como un “proceso de santificación”, un camino de progresivo crecimiento del espíritu humano a través del Espíritu Santo.

Las Iglesias Metodistas

Después de la muerte de Wesley en 1791, el metodismo sufre una serie de divisiones en Inglaterra, la primera en separarse fue la llamada Nueva Conexión liderada por Alexander Kilham, abiertamente en oposición por la forma de gobierno centralizada que caracterizó al metodismo inglés temprano. Más tarde surgió la Iglesia Metodista Primitiva.

En Estados Unidos, la diversificación fue aún mayor. Del núcleo central que era la Iglesia Metodista Episcopal, se fueron desprendiendo distintas corrientes como la Iglesia Metodista Protestante, la Iglesia Metodista Episcopal del Sur y otras. Estas divisiones se reunieron en 1939 en la Iglesia Metodista y más tarde, en 1969, esta se unió con la

Asociación Evangélica y los Hermanos en Cristo y conformaron la actual Iglesia Metodista Unida. De esta Iglesia en los Estados Unidos llegaron a partir de 1836 los primeros misioneros que diseminaron el metodismo en los diversos países de América Latina.

El Movimiento de Santidad

El Movimiento de Santidad fue el catalizador que permitió la confluencia de un vasto espectro de grupos evangélicos que han basado su doctrina central en el mensaje de santificación de Juan Wesley, durante los siglos **XIX** y **XX** en los Estados Unidos. A partir de 1825 comenzó a brotar en los grupos evangélicos del Este y el Sur de los Estados Unidos un creciente avivamiento y búsqueda del sentido de la perfección cristiana sobre la base del concepto de santificación wesleyana.

En la misma época, en Nueva York, Phoebe Palmer y su hermana crearon un espacio de reunión en su casa que se llamaba *Reunión de los martes para la promoción de la santidad*. Pronto estas reuniones comenzaron a expandirse, se abrieron al sexo masculino y se convirtieron en un espacio de renovación dentro de la Iglesia Metodista Episcopal, y alcanzaron pronto a otros grupos. El avivamiento de 1858 estuvo empapado de esta experiencia de santidad y fue el que al mismo tiempo ayudó a diseminar la experiencia por todo los Estados Unidos.

El Pentecostalismo

El Movimiento de la Santidad fue la matriz en la cual se gestaron durante las últimas décadas del siglo **XIX** lo que más tarde será el Movimiento Pentecostal. Después de la Guerra Civil, en medio de la inseguridad social de esos años, la tendencia pentecostal parece marcar más claramente sus contornos, buscando seguridad y poder para afrontar la anomia generada por la guerra y las luchas abolicionistas. El camino ya estaba abierto con el énfasis en la perfección total que había trascendido al metodismo y había germinado también en grupos de extracción calvinista.

En algunos círculos del Movimiento de Santidad, el énfasis sobre la perfección y la santidad pentecostal, paulatinamente fue reemplazado por la doctrina del bautismo del Espíritu Santo. Pero en 1906 el pentecostalismo adquirió perfiles más definidos. El movimiento enfatiza el bautismo del Espíritu Santo y sus signos visibles: hablar en lenguas y la sanidad divina. También promueve una forma emotiva y libre de adoración, caracterizada por el énfasis en las alabanzas a Dios.

Entre 1910 y 1911 se fundó la Iglesia Metodista Pentecostal de Chile, la primera gran iglesia protestante autóctona de América latina. El pentecostalismo se convirtió en un gigantesco movimiento religioso en toda Latinoamérica en la segunda mitad del siglo **XX**. Además de numerosas denominaciones, existen miles de iglesias pentecostales independientes.

El Ejército de Salvación

En 1865 William Booth, un joven ministro metodista de Londres, comenzó un ministerio de servicio entre los pobres de la zona Este de Londres. Junto a su esposa Catalina, convivieron con lo más bajo de la ciudad, antes que cultivar las comodidades de la clase media. En 1878 el nombre del grupo cambió de “Misión Cristiana” al conocido “Ejército de Salvación”. Así, con la incorporación de la estética y los rangos militares el movimiento se expandió a través de todas las islas británicas. En 1880 el misionero George Scott Railton fue enviado a Nueva York y pronto se expandió por la costa Este de los Estados Unidos.

Los Menonitas

Los menonitas hunden sus raíces en los tiempos de la Reforma Radical, con el liderazgo de Menno Simons. A través de su larga historia los menonitas han sufrido un gran número de cismas que se han ido expresando mediante un amplio espectro de énfasis y doctrinas, particularmente desde su ingreso a través de la inmigración holandesa, alemana y rusa hacia América del Norte. Allí, solo ciertos grupos menonitas hacia fines del siglo **XIX** entraron en contacto con la tradición wesleyana a través del Movimiento de Santidad.

La Iglesia del Nazareno

La Iglesia del Nazareno forma parte del Movimiento de Santidad. En 1885, Phineas Bresee, que era pastor de la Primera Iglesia Metodista de Los Ángeles, comenzó a experimentar un sentimiento de dudas e insatisfacción como ministro metodista. Bresee creó la Iglesia del Nazareno, basada fuertemente sobre fundamentos metodistas, especialmente en la concepción conexional de la iglesia. En lo doctrinal es central la total santificación antes de recibir “la segunda bendición” a través del bautismo del Espíritu Santo.